

La Ilustración Artística

AÑO XIX

BARCELONA 15 DE ENERO DE 1900

Núm. 942

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN QUIJOTE, cuadro de Antonio Fabrés

(Salón Robira, Fernando VII, 59)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea. Al regreso*, por Emilia Pardo Bazán. — *Barcelona. Salón Robira. Exposición Fabrés*, por A. García Llansó. — *La duda*, por Enrique Corrales y Sánchez. — *Voto de calidad*, por A. Sánchez Pérez. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *El obstáculo*, novela por Mad. Daniela d'Arthez, con ilustraciones de Marchetti (continuación). — *En el país de los boers. Las minas de diamantes de Kimberley*, por F. Mury. — *El vapor «Francisco Pizarro».*

Grabados.— *Un Quijote.* — *Guerrilleros argelinos.* — *Poesía nocturna.* — *La pitonisa.* — *Los primeros tiros.* — *Encantadores de serpientes.* — *Arcabucero.* — *Un hombre feliz*, obras del pintor Antonio Fabrés, expuestas actualmente en el Salón Robira, Barcelona. — *Antonio Fabrés*, de fotografía de Audouard. — *Guerra anglo-boer. Soldados ingleses subiendo un cañón Maxim á lo alto de una colina en Pietermaritzburgo.* — *Salida de un destacamento de Pietermaritzburgo hacia la frontera.* — *Walter Hauser*, elegido presidente de la Confederación Helvética para el año 1900. — *Estatua en bronce de D. Antonio Cánovas del Castillo*, obra de Joaquín Bilbao, fundida en los talleres de los Sres. Masriera y Campins. — *El palacio del teniente gobernador en Kimberley.* — *Minas de diamantes en Kimberley.* — *El vapor Francisco Pizarro*, construido por la casa inglesa J. J. Thornycroft por encargo del gobierno peruano y destinado á la navegación de los afluentes del Amazonas.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

AL REGRESO...

Si valiese traer á esta sección de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA una exacta referencia de nuestras propias impresiones, sobre todo cuando son extremadamente lisonjeras, yo hablaría aquí largo y tendido, llenando páginas y páginas, del viaje á Valencia, del cual vuelvo ahora mismo, interrumpiendo la tarea de deshacer el equipaje para trazar la crónica presente. La mayor parte de este viaje, sin embargo, pertenece de derecho al público, y en realidad ni es inmodestia ni indiscreción que yo le dedique algunos párrafos, rehuyendo lo que suene á egoísta complacencia, deteniéndome sólo á recordar lo que tenga significación general, y aun eso muy por alto, por no incurrir en exceso.

* * *

No fuí esta vez á Valencia como otras había ido, y voy á cuantas ciudades y pueblos interesantes é históricos existen en España, llevando la curiosidad por guía y por ley el capricho. Fuí llamada por el Ateneo valenciano á disertar en la sesión inaugural del curso, sesión solemnísimá, muy diferente de lo que suelen ser tales sesiones, que de ordinario se concretan á formulismos. El Ateneo valenciano, huendo de esa retórica que infunde sopor á los mismos que de ella se sirven, había pensado con tiempo, hacía meses, en dedicar su actividad á algo superior á la instalación de un salón de lectura ó á la organización de una velada con poesías y piano. Habíase resuelto nada menos que á ser una energía activa en la nación, llevando adelante, con el entusiasmo que caldea y la tenacidad que mantiene, la campaña de la educación integral, gratuita y obligatoria. Era esta campaña, y es, y quiera Dios que siga siendo, una imposición del actual momento, algo que se respiraba en el aire; no sabemos qué hemos de hacer para remediar la decadencia española, pero presentimos que será forzoso educar á la generación que actualmente se está formando, y educarla como no hemos sido educados nosotros y como es preciso hoy que se eduquen los pueblos serios y grandes. El mérito del Ateneo de Valencia consiste en haber proclamado esta aspiración; en no haberse encogido de hombros, ni tumbado á dormir la siesta — la siesta española, la perezosa siesta del meridional feliz á la sombra de sus emparrados, al olor de sus jazmines, al abanico de sus brisas, bajo la languidez que desciende del cielo turquí.

* * *

No se lleva como se quiere una campaña de tal índole. El Ateneo se halla dispuesto á combatir, á

practicar el precepto del Apóstol: *Insiste oportuna é inoportuna.* Ante los poderes públicos, de importunidades suelen vestirse las reclamaciones nuevas. Aconseja la comodidad el *statu quo*, estado de momia seca, sin reacciones vitales. Evítase el movimiento, porque la momia se hace polvo al tocarla; respétese el rancio barniz secular, porque él protege la conservación aparente de la momia. Esa quietud, bello ideal de los gobiernos en los países entumecidos, no es solamente inmovilidad; es en efecto atraso, que va graduándose en razón de lo que se acelera el adelanto en otras naciones. Si uno se para y otro anda, es innecesario decir lo que sucede.

Determinado el Ateneo á dar su batalla en pro de la cultura, practicó gestiones cuya historia no sería breve, pero cuyo resultado por ahora se limita al rastro y huella abiertos en la opinión pública. Al que crea que esto es poco, he de recordarle que hace cosa de tres años nadie absolutamente se preocupaba de dos cuestionillas tan baladíes como la instrucción y los presupuestos. Hablábase de política, como si fuese algo que no se relaciona directa ni indirectamente con el saber y el dinero, las dos arrolladoras fuerzas que rigen á la sociedad. Se bravateaba, se alardeaba de una fe extraordinaria en las virtudes milagrosas que había de demostrar España sacándolas no sabemos de dónde, quizás de la retorta del marqués de Villena, y la gente parecía no sospechar ni de una manera remota que es preciso, indispensable, tener hacienda y tener escuelas, pagar, robustecerse y adoctrinarse. Hasta eran escuchados con gusto los que sostenían la conveniencia de la santa ignorancia y los encantos de la fresca y suave indolencia nacional. Ignorar, ser pobre..., un ideal, un sueño. Pero sueño de asceta, sueño para fray Junípero. Cuando lo sueña una nación..., ¡qué despertares se le preparan! La dulce indiferencia hacia el oro y la ciencia puede practicarla el individuo, nunca la colectividad. Las mismas órdenes mendicantes, colectivamente, han construido, estudiado, enseñado, labrado monumentos hermosísimos, desplegado actividades propiamente humanas. Aunque campañas como la del Ateneo de Valencia no produjesen más bienes y frutos que cooperar á que España «avive el seso y despierte», sería incalculable su valer y sus merecimientos. Nada se pierde; nada cae enteramente sobre roca.

* * *

Cuando pasé por Valencia, allá en septiembre, la invitación del Ateneo para que pronunciase el discurso inaugural me esperaba en Madrid. Casual fué todo. Yo, á no ser por la peste bubónica, ó mejor dicho, las fumigaciones y precauciones sanitarias que la peste dicta y que hacen intransitables las fronteras, hubiese ido á Portugal, no á las provincias de Levante. Aun después de encontrarme en Valencia, que es una ciudad especialmente capciosa y atractiva, todavía entre la invitación del Ateneo y el deseo de aceptarla se interponía el programa de mis quehaceres y trabajos, en su mayor parte inaplazables. La campaña de la educación integral me decidió. Quería coadyuvar á ella; érame grato asociarme á tal idea, contribuir á su desarrollo, estrecharme moralmente con la sociedad que la impulsaba.

* * *

Y ya he perdido el mérito, porque he sido tan recompensada de mi labor, que si no voy á inaugurar el Ateneo de Valencia, pierdo una de las mejores páginas de mi vida literaria, una hoja de oro. Al lanzar á la publicidad un libro, apenas nos damos cuenta del efecto que produce, suponiendo que alguno produzca. La acción del libro es muda y sorda: no vemos sus manifestaciones; no asistimos al brote del germen que deposita en el suelo. Con el discurso sucede lo contrario. Su acción es fulminante; á nuestra vista se ejerce. Bajo el poder de la palabra, sentimos cómo penetra la idea que hincamos, por decirlo así, en los que nos escuchan. Hay algo de sugestión, algo de conjuro, en este caso misterioso. La complejidad de los públicos es distinta: he podido ya establecer comparaciones. En Madrid el oyente está, al pronto, distraído: cuando entra en prestar atención, es que hemos obtenido ya sobre él una victoria; lleva siempre el madrileño algo de esa prevención del espectador que paga, en noche de estreno; hay un *reventador* inconsciente en cada uno que escucha. En Francia, en cambio, tiene el auditorio formado propósito de oír, sí, de oír atentamente, con formalidad, con corrección; pero de tasar y justipreciar lo que se oye; de analizar; de no perder ripio; de saber por qué le dicen esto ó lo otro; en fin, es un público que estudia y reflexiona. Quiere aplaudir,

quiere halagar, mas con la certeza de que no yerra al otorgar su aprobación inteligentísima. Está aquella gente muy sobre sí, y por lo mismo, al romperse el hielo somos dueños del campo. Esto pude notar en París. Al pronto, cortés y culta atención, reserva y calma; después, una especie de confianza repentinamente establecida; á cada párrafo, señales evidentes de como se enteraban, ideas cogidas al vuelo, intenciones adivinadas, lectura entre líneas, adivinación, aplauso á su hora — esa claridad de percepción tan propia del refinamiento y del hábito del ejercicio intelectual.

* * *

Y el público de Valencia, distinto del de Madrid y del francés. Muy inteligente, pero todavía más sensible, más artista; con la fuerza de emoción que se comunica y va del auditorio al orador, y vuelve del orador al auditorio. Corriente eléctrica, los nervios la transmiten, y el resultado es una transformación del modo de decir, más intenso, más dramático, más espontáneo también, porque deja de ser lectura y se convierte en recitación, no sirviendo las cuartillas más que de guía y como de hilo conductor que impide perderse. ¡Y qué sensación embriagadora, ver al público, con sus mil ojos y su alma compuesta de tantos espíritus diferentes, opuestos, inconciliables tal vez fuera de allí, aunarse, amalgamarse, identificarse, y venir hacia nosotros, arrastrado por unos sonidos, por el eco de una voz! Yo percibía que el público se me acercaba, y que le tenía, por decirlo así, en las manos. Mis sentimientos se le comunicaban; el entusiasmo patriótico descendía á él por mediación de mi acento. A mi vez, sufría la influencia y el contagio de aquel entusiasmo. Era una hora muy hermosa de la vida.

* * *

Si hay quien por medio del papel impreso desahoga rencores, da quejas, esparce melancolías y zurce divagaciones, ¿por qué no ha de ser lícito expresar alegrías de tan noble origen, goces de tan elevada naturaleza? Tarde olvidaré estos días pasados entre el halagüeño ruido — como de olas que acarician una playa del Mediterráneo — de un pueblo entero que agasajaba en mí á lo más alto y bello y culto, las Letras. Tantos y tan rendidos homenajes me los habían ganado unos rasgos de tinta sobre unas cuartillas; fuerza quizás, bien mirado, más real y persistente que ninguna. De esto no debemos avergonzarnos, sino enorgullecernos con santo orgullo. Se honran los que acatan esta fuerza; nos honramos los que la representamos, si la ofrecemos al ideal de la hora presente, lo que llamé *el altar de Nuestra Señora de la Patria*.

* * *

Y en ciudades tan artísticas como Valencia, todo adquiere sello de poesía infinita, todo es materia dispuesta para la belleza de la forma. Aquellos pueblecillos de la Huerta, dorados y con reflejos orientales, de palmeras africanas, de vegas rientes, de templos de azules cúpulas que figuran lirios invertidos, de casas vestidas de graciosa cerámica con vivos colores; aquel divino Salón de la Lonja, de columnas aéreas, de proporciones majestuosas, con sus mesas dispuestas para el descomunal banquete; aquel Paraninfo atestado de gente, inundado de luz; aquel claustro que vestían ricos tapices y guirnaldas frescas; aquella tribuna toda de flores; aquellas alquerías animadas por la morisca algazara de los bailes populares; todos los lugares en que se celebraron las fiestas, eran diferentes allí de lo que serían en otra tierra y bajo otro cielo. Esto que se llama el ambiente, ejerce un prestigio que no cabe desconocer. Valencia es la ciudad española de atmósfera más italiana. Aun en nuestra encogida y triste época, hay allí una especial vibración de sentimiento estético, una facilidad para asimilarse el arte, que se nota y no se define. La educación completa obraría prodigios en tan sensible y entusiasta raza. La gente del campo, la de esfera más modesta, me ha producido impresiones de extraordinaria percepción artística é intelectual. Y no quiero decir más, porque no debo «gloriarme sino en el Señor»: es decir, no debo recordar las propias venturas, sino las esperanzas generales, el aura de resurgimiento y de renovación que he creído respirar, cuando noté que mis palabras no caían en el vacío, que mis afanes encontraban eco, y que al auscultar, el corazón de España latía aún... Valor y adelante.

EMILIA PARDO BAZÁN

BARCELONA.—SALÓN ROBIRA.—EXPOSICIÓN FABRÉS

Con ser tantos los artistas que se han distinguido en el que pudiéramos llamar período de nuestro renacimiento, merece estudio especialísimo y particular mención Antonio Fabrés, puesto que sin haber pretendido imponer novísimos cánones ni implantar conceptos y procedimientos exóticos, se ha singularizado de tal suerte, que ha llegado á poseer aquellos caracteres propios y distintivos que reportan verdadera é indiscutible personalidad.

No se observan en el temperamento artístico de Fabrés rasgos y tendencias de revolucionario ó innovador, antes al contrario, ya que si debiéramos juzgarle únicamente por la tónica que se revela en sus obras, habíamos de suponerle amante de mantener artísticas tradiciones, ferviente admirador de los grandes maestros de la escuela española y como la mayoría de aquéllos dominado por los encantos del color y la belleza de la forma. Mas, por fortuna, no ha parado mientes en las ruidosas manifestaciones impuestas por ajenas é injustificadas influencias, ni su espíritu varonil se ha acomodado al servilismo de la imitación. Dueño de sí mismo y confiado en su personal esfuerzo, ha proseguido, con plausible entereza, el propósito único, exclusivo, de dar forma, color, vida y expresión á sus geniales composiciones y á los modelos que la naturaleza le ha ofrecido, cuidando siempre de reproducirla en su aspecto más bello y en aquel en que mejor pueda apreciarse su grandeza, procurando sorprender líneas, pormenores y tonos que aumentan su encanto ó acentúan la impresión que su aspecto produce.

Que la forma y el color sojuzgan al genial artista, no cabe negarlo. De ahí las minucias en el procedimiento y la rica tonalidad de sus producciones, sin que á pesar de una y otra circunstancia pueda atribuírsele el calificativo de detallista y con menos acierto el de ser partidario de los efectismos. El afán de dar relieve y apariencia corpórea á sus figuras, no las perjudica en manera alguna, puesto que su habilísimo pincel salva cuantos escollos pudieran ofrecerse y logra su propósito sin incurrir en amaneramientos. Su labor, con ser minuciosa, aparece franca, sin que se adivine el menor rasgo de vacilación ó duda, y la hermosa gama que se amasa en su paleta com-

pleta la obra con los admirables efectos del color, avalorándola de tal manera que determinan la calidad y la expresión.

en la Ciudad Eterna, su espíritu, ansioso de reproducir las imágenes con la intensidad que en su cerebro se forjaban, rebelóse contra la frialdad de la materia y emprendió resueltamente la para él entonces penosa labor de trasladar al lienzo sus concepciones. Tal origen ha influido poderosamente en el pintor, puesto que al recuerdo, al hábito sostenido en los comienzos de sus faenas como escultor, se debe el empeño constante de aumentar la forma y avalorar el relieve, sin que por ello, repetimos, se perjudique la producción, que ejecutada con prolijidad y habilidosa maestría es siempre reveladora de la valía de quien la produce. El entusiasmo de que dió muestra en sus juveniles años en favor del arte y la fogosidad de su temperamento, dispuesto para amalgamar sus poéticos impulsos con los encantos que produce la línea y la subjetiva impresión de los colores, constituyen en cierto modo la característica de la personalidad artística de Antonio Fabrés, que no se estaciona ni decae.

Enumerar sus obras ejemplares, algunas de las cuales figuran dignamente en varios museos y colecciones de Europa y América, y recordar sus señalados triunfos alcanzados en nobilísimos palenques artísticos, nos conduciría á recordar los hechos que constituyen su vida artística, y como no es este hoy nuestro propósito, hemos de limitarnos á dar á conocer al pintor peritísimo, que dueño de la paleta y de la hermosa gama de la escuela española, ha logrado en extranjero suelo alcanzar la justa consideración que merece por sus extraordinarios merecimientos.

Ansioso de mayores glorias, abandonó ha seis años su país natal, para establecerse en la capital de la vecina nación. Allí, sin más elementos que el esfuerzo de su ingenio y su potente energía, ha logrado hacerse una reputación envidiable, sin abdicar ni un ápice de su abo-lengo, sin renunciar á su credo, sin olvidar los cánones de su personalísima

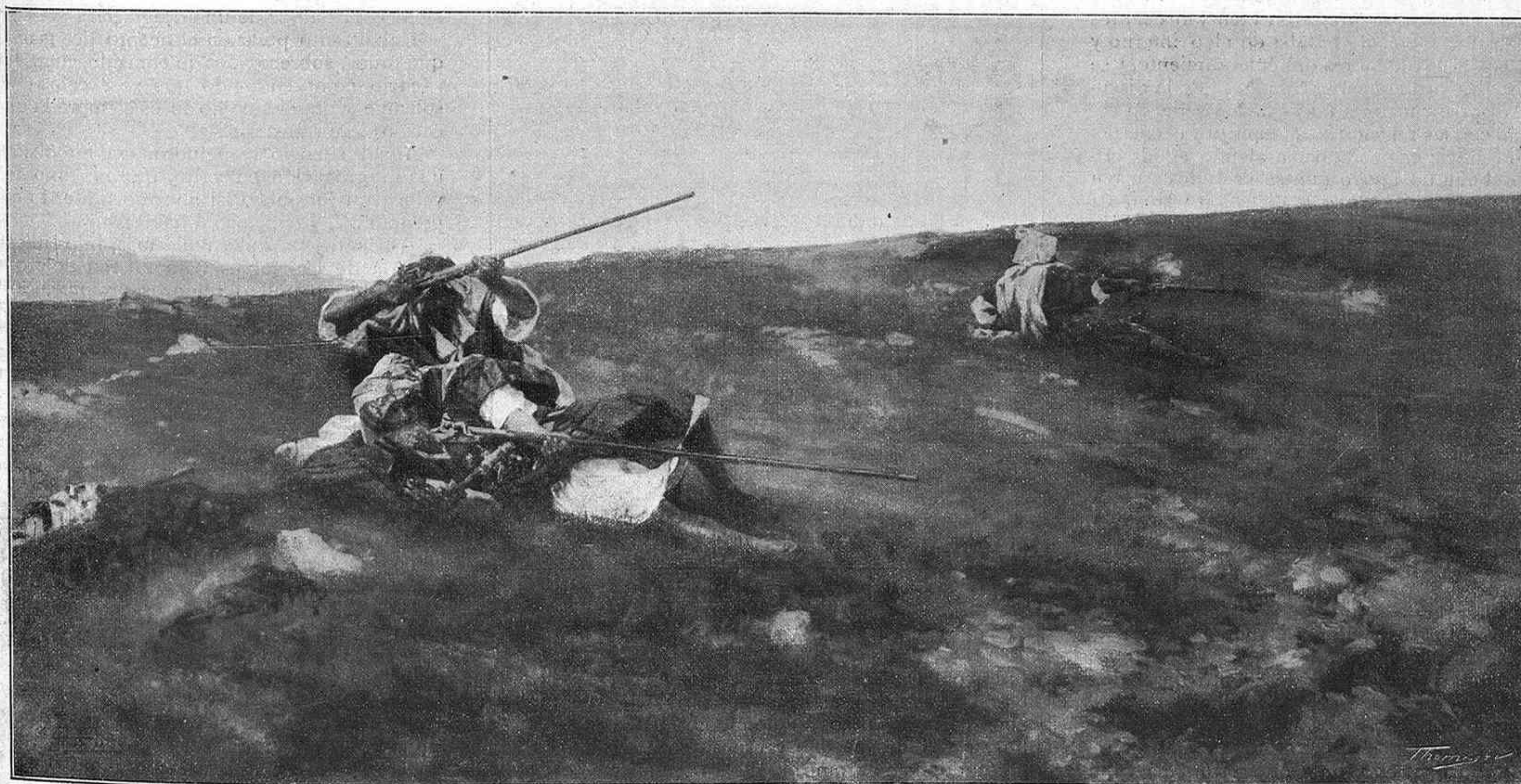
escuela, tan opuestos á los que han imperado allende la cordillera pirenaica. Estas circunstancias son bastantes para acreditar su valía y justificar los aplausos que pudieran tributársele.

Tras larga ausencia aparece hoy momentáneamente entre nosotros, y deferente á los deseos de sus amigos, exhibe en el Salón Robira algunos lienzos y una



ANTONIO FABRÉS, de fotografía de Audouard

Aparte del modo de ser del artista, débese tal conjunción á la variedad del concepto á que ha debido subordinarse por la mudanza operada en la aplicación de medios y formas de expresión. Comenzó manejando los palillos, y aunque manifestáronse gallardamente sus aptitudes para el cultivo de la escultura, puesto que á ellas debe el pensionado que disfrutó



GUERRILLEROS ARGELINOS, cuadro de Antonio Fabrés. (Salón Robira, Fernando VII, 59. — Barcelona)

variadísima colección de dibujos, que calificamos como magistrales producciones, tal es la delicadeza de su ejecución, su espontaneidad y la soltura que revelan. En algunos de ellos cuesta darse cuenta del materialismo del procedimiento y en todos vese rebosante el aliento del artista, que rinde al arte fervoroso culto.

Sírvanle estos renglones de bienvenida, tributo merecido á su laboriosidad é ingenio y testimonio de la consideración que nos merece quien honra á su patria por medio de la valía de sus obras.

A. GARCÍA LLANSÓ

LA DUDA

Era una tarde calurosísima de julio. No obstante ser la calle una de las grandes arterias de Madrid, los transeúntes eran escasos, porque ya gran parte de los habituales en tales sitios habían emprendido su excursión veraniega, y sólo aquellos á quienes ocupaciones imprescindibles obligaban, se atrevían á arrostrar la tropical temperatura.

Sentados en torno de una mesa del café, adosada por un lado á la ventana, abierta de par en par, contemplábamos charlando y riendo la anchurosa vía, mientras consumíamos en no pequeña cantidad refrescos y cervezas. El grupo era numeroso y la animación grande. Compuesta la reunión principalmente de escritores, pintores y músicos, gente en su mayoría joven y alegre, los chistes se cruzaban y entremezclaban como fuegos de artificio. Presidía el corro, según costumbre de todas las tardes, D. Gaspar Medina, el famoso pintor, patriarca de una pléyade de artistas que no obstante su indiscutible valía no han logrado eclipsar la gloria del maestro, por todos reconocida. La animación chispeante y viva se mantenía dentro de los límites de la más exquisita cultura, sin degenerar en tumulto.

Era curioso seguir aquella conversación, que unas veces se hacía sola y única para todo el grupo, y otras se desgranaba, esparramada entre diversos interlocutores, para venir después á unificarse de nuevo y á diseminarse otra vez sin orden ni concierto, viva, aérea, incierta, como giro de mariposa.

Hubo un momento en que la charla se fijó en un tema á que prestaron atención cuantos rodeaban la mesa. Se trataba de algo interno y hondo para los hombres del entendimiento, y se pretendía, bajo la aparente ligereza de la discusión, discernir materia muy grave y seria, en conexión con las relaciones del espíritu y el cuerpo.

Con gracia exquisita hacía alguno aguda crítica del mutuo apoyo que se prestan cosa tan grosera y material como la digestión y la etérea y sutil inspiración, recordando que los sabios han proclamado, con verdad comprobada por los hechos, que muchas hermosas poesías han debido su origen á una copa de vino generoso. Salió á cuento la excitación benéfica para la labor artística producida por el tabaco ó por el café, y no faltó quien recordara que la virtud de esta planta para hacer tender á la musa su vuelo es tanta, que justifica la duda del gran Campoamor, cuando piensa si los pájaros al saborear la semilla pueden algún día romper á hablar en vez de cantar.

Como derivación natural del asunto, y después de encomiar el uso de los aperitivos de la inteligencia, húbosese de tratar de las terribles consecuencias del abuso. Allí pude oír la enunciación de los peligros, lástimas, miserias y calamidades producidas por la intemperancia, y el relato de casos y cosas relativos á obras malogradas y talentos perdidos.

—¡Alto, señores!, dijo de pronto un periodista; basta de lucubraciones. No se nos hable de perdidos célebres ni de borrachos sublimes. La embriaguez embota la inteligencia, y continuada embrutece. No necesito razones en pro de mi aserto. Allá va un argumento de carne y hueso que vale por cien demostraciones.

El periodista con el ademán y el gesto señalaba la calle y todos miramos con curiosidad. Por la acera de enfrente cruzaba un hombre mal trajeado, larga, revuelta y desordenada la barba sembrada de canas,

hasta que D. Gaspar le arrojó al aire la moneda solicitada, que el borracho recogió en su mano con destreza. Advirtiendo entonces quién le había hecho el obsequio, se le vió vacilar y encenderse el semblante con una ola de sangre.

Su desvergonzada actitud y su aire rufanesco desaparecieron en una postura llena de humildad y reconocimiento, como de perro sumiso ante el amo encolerizado. De pronto, apartando los ojos que fijos había tenido en D. Gaspar, se encasquetó el mugriento sombrero y salió corriendo.

—¡Lástima de hombre!, dijo el periodista.
—¡Un talento tan grande!
—¡Un pintor tan notable!
—¡Una inteligencia tan privilegiada!

Así exclamaron varios de los circunstantes.

— Cuando se ve, añadió otro, su único cuadro, el que mandó hace treinta años al disponerse á venir de Roma; cuando se admira aquella prodigiosa factura digna de Velázquez; cuando se piensa en lo que ese hombre ha podido hacer, y se ve lo que ha sido

de su genio, extinguido en zambras de mujerzuelas y en el vocerío del búrdel y de la taberna, se sienten impulsos de golpearle, de herirle, de matarle en nombre del arte defraudado y de la humanidad burlada. La llama que bajo su frente ardía, no era suya; debía al mundo, á la pintura, á la gloria, y en lugar de mantenerla encendida, el miserable la ha consumido arrojando sobre ella un mar de vino y de licores.

Un coro de imprecaciones siguió á estas palabras, que nos dejaron serios é indignados, comprendiendo la verdad que encerraban. Y una serie de insultos se prodigaron sin piedad á Cajigal, á quien todos habíamos visto después de su primer carrera detenerse bruscamente, y continuar paso á paso á lo largo de la ancha acera, contrapuesta al sitio en que nos hallábamos. De pronto le vimos penetrar en una taberna, y aquel acto, aunque esperado, llevó al colmo nuestra indignación.

—¡Ciegos!, dijo de repente D. Gaspar con voz impregnada de tristeza, no veis ahí más que un malvado, y sin embargo, juro que en ese inmenso, en ese despiadado robo al arte, cometido por ese hombre, y su triste destino, no hay sino el fatal albur de una desgracia.

Había tanto pesar en el acento del maestro, que todos, sobrecogidos de emoción, guardamos silencio, comprendiendo que se acercaba algo solemne y grande, como lo es siempre la explicación de un misterio.

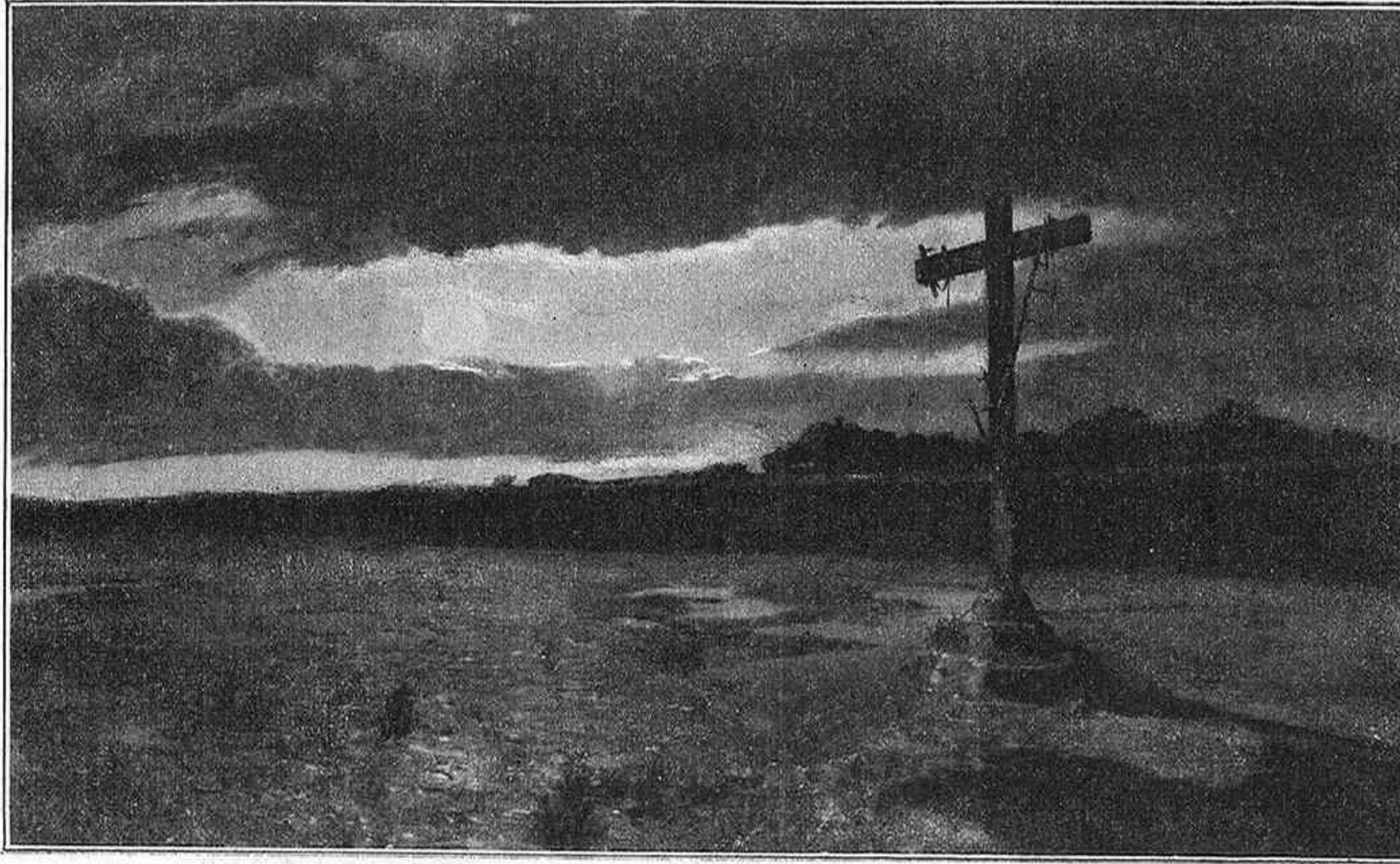
Aquel silencio respetuoso, era no obstante una interrogación colectiva, que ninguno tenía valor para formular. El anciano pintor lo comprendió así, y comenzó á hablar.

—«Cuatro palabras nada más, hijos míos; la historia de Cajigal es para mí tan dolorosa y triste, que no quiero remover, prolongando su relato, el pesar que clavado llevo en el alma.

»Hallábame en Roma, en el apogeo ya de lo que habéis dado en llamar mi gloria, mimado por la suerte, asediado por los encargos de los magnates, cuando se me presentó Cajigal, un chico entonces de veinte años, franco, buen mozo, riente, atractivo, con mucha ambición en el pecho, con mucho talento bajo la frente, con muchas ganas de pintar en el ánimo. Venía ya bien pertrechado de conocimientos del arte. Comenzaba para mí la edad madura y para él la juventud. Al año era mi mejor discípulo, á los dos años era mi mejor amigo, á los tres... á los tres era el autor de aquel famoso cuadro, todo genio y grandeza, que todos conocéis, y que hace poco mencionabais.

»Dispuso su venida á España, y determinamos emprender juntos el viaje, en compañía de dos príncipes italianos que habían pensado recorrer nuestra nación y aprovechaban tan buena coyuntura.

»Cajigal regresaba á su país loco de contento. Había realizado su sueño de gloria; la fortuna le sonreía, la riqueza había llegado, la celebridad iba á llegar, y en



POESÍA NOCTURNA, cuadro de Antonio Fabrés. (Salón Robira, Fernando VII, 59.)

alto, pálido, de luciente mirada, roto y sucio, en quien todos reconocimos á Mariano Cajigal, el borracho sempiterno conocido de todo Madrid.

Marchaba á la sazón derecho y firme, oprimiendo con la mano derecha nudoso garrote. Al pasar frente á la ventana del café alzó la cabeza y nos divisó. Sa-



LA PITONISA, acuarela de Antonio Fabrés (Salón Robira)

ludó con la mano desde lejos, y sin apresuramiento, con dignidad de gran señor, cruzó la calle y se aproximó hasta dos pasos de donde nos hallábamos. Salió su voz desapacible y ronca, gutural y de bajo profundo, como arrancada de la base misma del gazarate. Pedía tuteando á todo el mundo una pesetilla para beber. Todos le mirábamos con risa compasiva,

España le esperaba la mujer adorada. Supe esto por intimidades de su amistad. Mariano amaba desde los quince años á una niña de trece, un prodigio de belleza, según pude juzgar por los cientos de retratos que de ella hizo en Roma. Era una chiquilla que vivía en la ciudad natal de Mariano, en la vecindad de éste, y en compañía de una señora, parienta lejana de la niña y única que tenía.

»El amor fué mutuo, y al llegar Mariano á los veinte años se había convertido en pasión sin límites para un alma como la suya de tan poderoso vigor para el sentimiento. El abuelo de Cajigal, su único pariente también, con esa ceguera de los refractarios al arte, se negaba con obstinación á que el nieto pintara, proponiéndose que siguiera la carrera de notario. El muchacho se negó con no menor tenacidad, y á despecho del abuelo y al lado de un pintor muy mediano residente en la ciudad, se inició en los secretos del arte. La muerte del progenitor le permitió emprender, con el producto de la venta de los escasos enseres que aquél dejara, su proyectado viaje á Roma; mas surgió con respecto á María — así se llamaba su novia — otra nueva contrariedad.

»La parienta de María se opuso á la boda que Mariano le propuso, juzgándola loca, con un chico sin oficio ni beneficio, ni más habilidad que la de manejar los pinceles, cosa para ella absolutamente incomprensible.

»Decidido á romper por



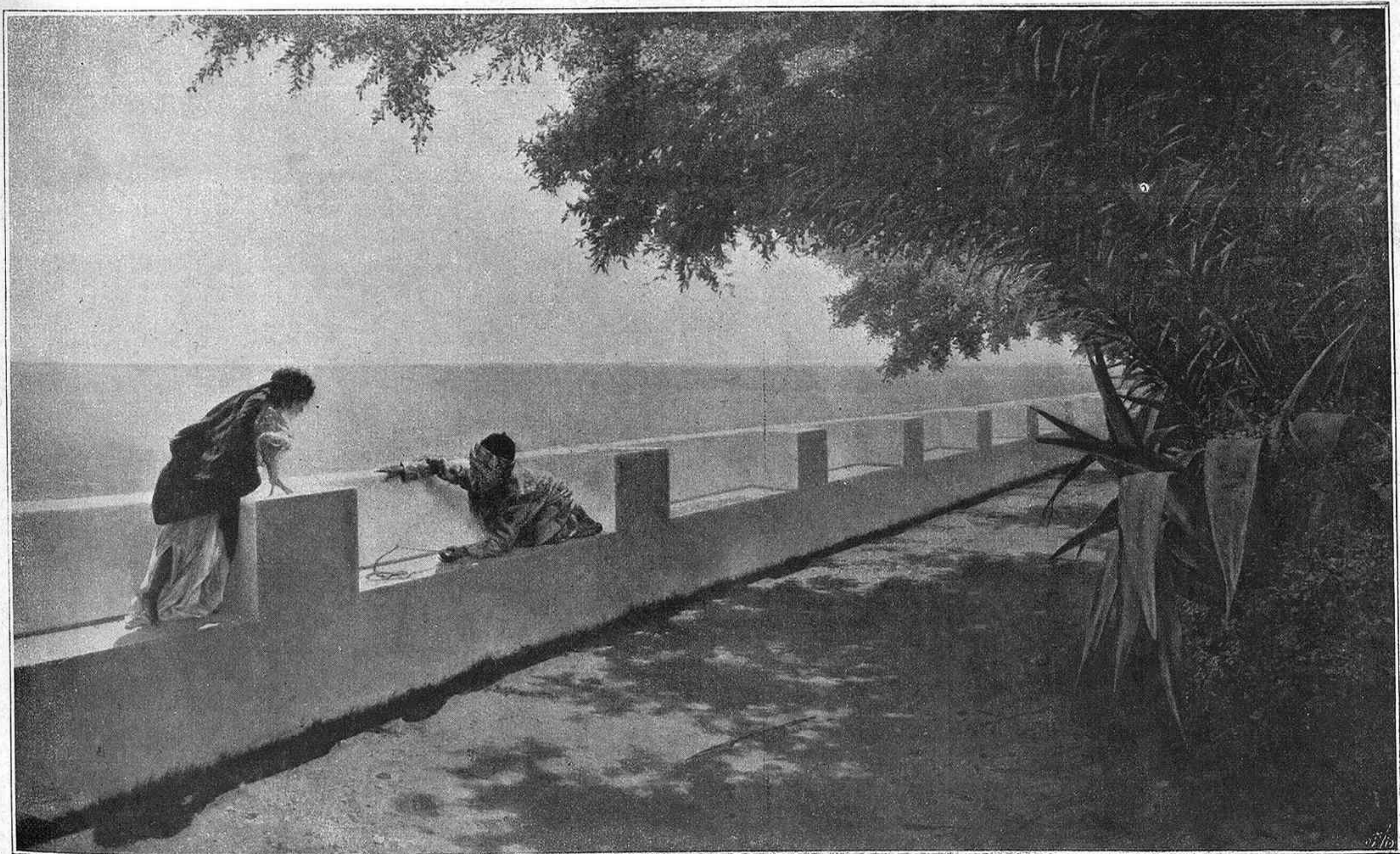
LOS PRIMEROS TIROS, cuadro de Antonio Fabrés. (Salón Robira)

todo, á volver rico, emprendió Cajigal su viaje á Roma, después de tiernos juramentos y promesas de eterna constancia. Tres años, como he dicho, le bastaron para asegurar su porvenir, y con el bolsillo repleto de dinero, la cabeza de ilusiones y el corazón de amor, regresaba feliz y contento á su querida patria.

»Durante sus tres años de estancia en la ciudad eterna, sólo alguna carta furtiva de María había podido burlar la vigilancia de la anciana parienta; aquellas cartas revelaban una lucha en el corazón de la niña. Su parienta, cansada de la vida de pobreza y de miseria que las dos llevaban, infiltraba en el pecho de la joven aspiraciones de lujo y de grandeza, á que las dotes que la adornaban y su belleza incomparable la daban, según aquélla, derecho. La ciudad que habitaba María se había transformado; una línea férrea recién inaugurada la ponía en comunicación con la red general, y por la villa y la comarca corrían efluvios de nueva vida. Algo del cambio interno se transparentaba en las cartas de María.

»Mariano había convertido su amor en culto. Su manía de retratar á su novia en el papel, en cartón, en el lienzo, me había hecho familiar el rostro de la joven. Un día, riendo, así los pinceles y la retraté en pocos minutos. Cajigal conmovido me abrazó llorando, y guardó el apunte como si fuese una reliquia.

»En los últimos seis meses de permanencia en Ro-



ENCANTADORES DE SERPIENTES, cuadro de Antonio Fabrés. (Salón Robira)

ma, faltaron en absoluto las cartas de María. Sin parientes ni amigos íntimos en la ciudad, muerto ya su profesor de pintura, no quiso valerse de personas extrañas para sus averiguaciones. En la última misiva de María hablaba ésta de su magnífica voz, asombro de los que la escuchaban, y manantial positivo de riqueza, según su parienta. La muchacha, con disculpable amor propio, se mostraba complacida de aquel don de la naturaleza, añadido á sus múltiples valiosas cualidades. Una inquietud vaga, un recelo sin nombre poseía á Cajigal desde la lectura de aquella carta, y por eso emprendía lleno de gozo su regreso. Preferimos hacer el viaje por mar, y un vapor nos condujo de Nápoles á Málaga. Durante el viaje, la seguridad de dar feliz término á su ensueño amoroso calmó sus temores, y la alegría que á Mariano poseía se desbordaba de sus labios en risas inagotables.

»Llegamos á Málaga una hermosa tarde de septiembre. Los príncipes, hospedados con nosotros en el mejor hotel, no quisieron perder tiempo en su estudio de costumbres, y nos rogaron que en seguida les lleváramos á oír el cante flamenco. Informados de los sitios en que podíamos satisfacer aquel deseo, la noche del mismo día de nuestra llegada nos hallábamos instalados en una sala de no pequeñas dimensiones, y en cuyo fondo se ostentaba un tablado, donde entre el rasgueo de las guitarras daban al viento sus notas los cantaores y cantaoras, y sus pataitas los individuos de uno y otro sexo, que agitaban los cuerpos airosos y finos con el contoneo voluptuoso de las danzas andaluzas.

»Lo excesivo de la concurrencia no nos había permitido colocarnos cerca del tablado como hubiera sido nuestro deseo. Ocupadas todas las mesas de la sala, apenas si pudimos hallar hueco para sentarnos y saborear uvas cañas de manzanilla en el lugar más distante del apetecido. En cambio esta situación nos permitía observar la actitud de la concurrencia, tan digna de estudio como la de los que sobre las tablas ostentaban sus habilidades.

»Los príncipes estaban encantados. Seduciales lo nuevo del espectáculo, y les arrebatada lo original de la música que por primera vez escuchaban.

»Al terminar uno de los cantaores, entre vítores y palmadas, de entonar una sentida malagueña, oyóse por todas partes pronunciar el nombre de María á grandes voces. Un par de mozos que cortésmente nos habían cedido espacio en su mesa y con quien nos hallábamos cambiando, á fuer de galantes, una serie de convites que prometían dar al traste con nuestra gravedad y la de los príncipes, nos explicaron lo que las voces significaban.

»Tratábase de una nueva cantaora que se traía una serie de guajiras, guarachas, tangos y cantes americanos, que volvía locos á los habituales al café. Cuando otra cantaora quiso proseguir la fiesta, fué acogida con un tumulto de gritos y silbidos que la obligó á retirarse de mal talante, y no hubo más remedio que acceder á lo que la concurrencia solicitaba con tal imperio y con tan malas formas.

»Una salva de aplausos acogió los primeros compases de la música que anunciaron la salida de la cantaora, y poco después una mujer joven, hermosa, cubierta de colorete, descocada, provocativa, bravia, se presentaba, saludada por un formidable coro de oles y de gritos de alegría, en el centro del tablado.

»Cajigal dió un grito, y trémulo, fuera de sí, me cogió por el brazo y quedó mirando á la cantaora con expresión estupefacta de doloroso asombro.

— ¡María!..., ¡jella!, murmuró como hablando consigo mismo.

»Efectivamente: la mujer que en el tablado comenzaba á entonar un canto licencioso y soez, tenía indudable parecido con la de los retratos que el pobre Mariano había trazado cien veces ante mi vista. El corte de las facciones era el mismo; pero en lugar de la expresión virginal y pura, que era el mayor encanto de aquel rostro de adolescente, un aspecto de escándalo y desvergüenza, como barniz impalpable del vicio, se extendía por el semblante, cubierto de color artificial y animado por la mirada procaz de los negros ojos.

»Una duda terrible agitaba á Cajigal; parecía imposible que aquella fuese la mujer púdica y modesta que siempre había querido. No pudiendo sufrir más, olvidado de todo, sin que pudiéramos impedirlo, se lanzó impetuoso y violento hacia el tablado, atropellando cuanto se le ponía por delante. Rodaban los veladores cargados de servicio, y un griterío inmenso de indignación se alzó contra el que de modo tan rudo rompía la diversión en son de bronca y de quimera.

»Tras los gritos, se alzaron contra él los puños, los palos, las banquetas, y antes de llegar al tablado, que cantaores y cantaoras abandonaron asustados

aumentando la confusión y el escándalo, le cercaba una nube de enemigos.

»Lancéme á su favor separándome de los príncipes, que no se daban cuenta de lo que ocurría; pero llegué tarde. Mariano, que no trataba de defenderse, sino sólo de avanzar, recibió una nube de golpes que le hicieron detenerse vacilante; en el preciso momento en que atropellando por todo me colocaba á su lado, un botellazo asestado en la cabeza le cubrió el rostro de sangre y le hizo caer desvanecido al suelo. Calmé como pude la furia de los agresores, y un cuarto de hora después, rodeados de polizontes, acompañáramos á la fonda en una camilla el cuerpo de nuestro amigo.

»Se extrajeron con cuidado los cascotes de la botella; pero el golpe atrajo la inflamación, y el temor de la apoplejía nos tuvo treinta días entre la vida y la muerte. El delirio no le abandonaba, y durante él, el nombre de María no se apartaba de sus labios. Por fin se inició la mejoría, y poco después Mariano, pálido y demacrado, podía abandonar el lecho.

— «Hemos salvado la vida, me dijo el médico que le había asistido; mas la razón ha quedado perturbada, y dudo mucho que pueda recobrase.

»La triste profecía, el malhadado pronóstico se realizó por completo. Mariano quiso volver á pintar, y la inteligencia y la mano torpes no fueron sombra de lo que habían sido. Sólo como reflejos vagos quedaba algo de su genial manera anterior, tan pura, tan castiza, tan española.

»En cambio la idea de María se había aferrado á su cerebro con garra poderosa. No hubo sitio de cante, burdel ni lugar licencioso donde no la buscara, sin que su cabeza trastornada pensara en dirigirle á la ciudad natal á adquirir noticias. Y así han pasado los días, los meses, los años; así ha envejecido, buscando por doquiera á María para saciar la duda de si era ella la que una noche entrevió entre el humo de los cigarrillos y la pesada atmósfera del café malagueño. ¿Sería verdad? ¿Sería ilusión?»

Medina guardó silencio, absorto en sus pensamientos.

— ¿Y era realmente María, la cantaora?, preguntó alguno.

— ¡Quién lo sabe!, respondió el anciano pintor. Yo traté de averiguar en la ciudad de Cajigal, y sólo supe que María, seis meses antes y muerta su parienta, había desaparecido, y sus huellas se habían perdido. En el café de Málaga no conocían el apellido de María ni su procedencia. Podía ser la novia pura de Mariano, podía no serlo...

En esta duda persiste el pobre hombre; lo que el mundo juzga resultado de una vida de crápula y disipación, ha sido tan sólo una fatalidad de su existencia. Lleva bajo la frente la eterna duda de su perdido ensueño de amor y felicidad, y persigue, degradado y miserable, la imagen pura de sus castísimos amores.

— Malo fué el botellazo, dijo un escéptico.

Anochece, y las sombras comenzaban á invadir la calle; á la luz indecisa del crepúsculo, vimos cruzar á Cajigal, inseguro, vacilante, tambaleándose, dominado ya por la embriaguez. Una turba de pilluelos le denostaba y le seguía gritándole; para ellos, como para los transeúntes, aquel hombre era sólo un ebrio; nosotros le vimos pasar y perderse á lo lejos con el respeto y el pesar que produce una inmensa desventura, roído el cerebro y el corazón por una duda que jamás ha podido ni podrá ya dilucidar.

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ

VOTO DE CALIDAD

Nunca para el bien fué tarde, ha dicho el poeta, y antes de que el poeta lo dijese en verso, habíanlo pensado y lo habían dicho en prosa muchos ciudadanos que no eran poetas.

Si reproduzco ahora esa afirmación — que me parece axiomática — es porque pretendo justificar mi tardanza (de la cual juro que no soy culpable) en aprovecharme de las observaciones del *Dr. Ignatiew* para proseguir la campaña, ha tiempo emprendida, contra esos simulacros de ejercicios académicos titulados exámenes de prueba de curso y que para nada bueno sirven y sí ocasionan mucho malo.

Supongo piadosamente que todos los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA saben quién es el *doctor Ignatiew* y tienen noticia de lo mucho que vale; pero puesto caso de que yo estuviese equivocado en esto — como, sin duda y por desgracia mía, lo estaré en otras muchas cosas, — advierto desde ahora que no he de sacar de su ignorancia á nadie; no es cosa de que yo me dé tono echándomelas de descubridor de Ignatiew, cuyos trabajos científicos están en casi todas las bibliotecas del mundo y á cuyos mereci-

mientos dedican muchas líneas los diccionarios biográficos, á los cuales pueden acudir los aficionados á la erudición fácil y barata.

En esos diccionarios hallarán quienes los leyeren, ya que no las obras de Ignatiew, los títulos de ellas, y con eso basta para darse por enterados.

De presumir es que entre esos títulos no aparezca este:

Influencia de los exámenes sobre la salud de los alumnos en la escuela de Geodesia de Constantino.

Y digo que es de presumir que el título precedente no se halle en los diccionarios biográficos, porque no es el título de un libro, sino de un artículo — aunque bastante extenso y muy curioso y no poco interesante, — y además porque si bien el artículo de referencia fué publicado hace bastantes meses, es relativamente nuevo, para que los biógrafos hayan podido incluirlo en sus trabajos.

El *Dr. Ignatiew* publicaba (no sé si continúa publicándolos) periódicamente unos folletos de HIGIENE SOCIAL, y en uno de esos folletos, el correspondiente, si no me es infiel la memoria, al mes de julio de 1898, apareció el trabajo, cuyo es el título antes copiado.

Según el *Dr. Ignatiew*, existían, en la fecha mencionada, unos *doscientos cincuenta* alumnos internos en la escuela Constantino, todos ellos en condiciones de salud y de desarrollo aproximadamente iguales, ya que no idénticas del todo.

El doctor, para fundar sus observaciones, hizo que se pesasen todos los alumnos antes de los exámenes, y que se pesasen también después de los exámenes, y comparando los resultados respectivos de estas operaciones, halló que en las clases superiores, esto es, en las clases á las que asistían jóvenes de más discernimiento, habían disminuído de peso todos, absolutamente todos los alumnos, dándose el caso de que algunos hubiesen perdido cinco y aun cerca de seis kilogramos en pocos días; y que en las clases inferiores, esto es, en las formadas por niños de menos juicio, sólo un *ochenta por ciento* de los alumnos habían perdido peso y todos en cantidad mucho más pequeña.

Las observaciones de la ciencia confirman, como no podían menos de hacerlo, cuanto la sana razón había creído siempre: *los exámenes*, con todo su aparato, con toda su solemnidad, y principalmente con todas sus funestas consecuencias en la vida escolar del adolescente, constituyen un verdadero peligro; ocasionan una enfermedad en el organismo; enfermedad *sui generis*, extraña tal vez; quizás, no quizás, de seguro, no bien estudiada, ni aun medianamente conocida; pero muy real y de muy temibles resultados, como todas las que en esa edad crítica afectan al sistema nervioso.

Y todo ¿para qué? Para que, por regla general, niños casi imbéciles, con poca ciencia, pero con muchas recomendaciones, halaguen á mamá con sendas notas de *sobresaliente* y aun con diplomas de premios debidos al favor ó á la debilidad de un examinador amigo de la familia.

Lo demostrado por las experiencias del *Dr. Ignatiew*, es, ni más ni menos, lo que la reflexión había ya discurrido.

El temor al examen preocupa hondamente al alumno de juicio, al pundonoroso, al que ha estudiado y por lo mismo que ha estudiado conoce las dificultades del ejercicio á que va á someterse; pero ese temor no existe para el que todo lo ignora, para el escolar desaplicado y sin aprensión, que ni ha saludado los libros; que se presenta á los jueces, seguro de que no sabe una palabra y fiado en que la influencia de algún compañero de su papá acaso le valga para ganar un curso y colarse de momio en el siguiente. Si lo consigue, que sí suele conseguirlo, sale del aula tan contento como si le hubiese caído la lotería, y se burla (con muy fundado motivo) de exámenes y de examinadores y de tribunales de mojiganga. Si no lo consigue, como que nada tiene que perder, ni aun la vergüenza, porque nunca la tuvo, ni es fácil que la tenga en su vida, se queda tan fresco.

Por el contrario, el laborioso, el que ha adquirido conocimientos, el que toma con seriedad el estudio y la ciencia, puede tener en su ejercicio una desgracia, sobre todo si es, como de ordinario ocurre al que vale, modesto y apocado.

Difícilmente los tribunales de examen (me refiero ahora á los de Universidades y á los de Institutos de segunda enseñanza) pueden emplear en cada ejercicio más de *cinco minutos*.

¿Y qué son cinco minutos para aquilatar los grados de instrucción de un examinando?

¿Es, por ventura, que los jueces, siendo como son catedráticos, saben lo que merece cada alumno? Esto no es exacto; el catedrático no ha tenido tiempo, dada la escasa duración del curso, duración merma-



BIBLIOTECA NACIONAL
MADRID
BIBLIOTECA

GUERRA ANGLO-BOER. - SOLDADOS INGLESES SUBIENDO UN CAÑÓN MAXIM Á LO ALTO DE UNA COLINA EN PIETERMARITZBURGO (de fotografía de D. Barnett)



GUERRA ANGLO-BOER. - SALIDA DE UN DESTACAMENTO DE PIETERMARITZBURGO HACIA LA FRONTERA (de fotografía de Allerston, Pietermaritzburgo)



ARCABUCERO, cuadro de Antonio Fabrés

(Salón Robira, Fernando VII, 59)



UN HOMBRE FELIZ, acuarela de Antonio Fabrés

(Salón Robira, Fernando VII, 59)

da además por numerosas fiestas y repetidas vacaciones, para conocer y apreciar á sus alumnos en lo que cada uno vale; pero si, en efecto, los conociese, los exámenes resultarían inútiles del todo y serían lo que tantas veces he dicho, una farsa ridícula, indigna de hombres formales y de instituciones serias.

No es solo el *Dr. Ignatiev* quien ha abogado, en nombre de la ciencia, por la abolición de los exámenes; muchos otros médicos, higienistas ó dedicados á la especialidad de las enfermedades nerviosas, han propagado la misma doctrina.

Es claro que, desde el terreno de la ciencia pura, se parte siempre de la hipótesis (muy aventurada por cierto) de que los tribunales examinadores son rectos, justos, probos, y que si, por raro caso, dejan alguna vez de fallar en justicia, es para inclinarse al lado de la indulgencia. — Aun así y todo, aun admitiendo esto que no siempre sucede, pues los jueces, hombres al fin, tienen debilidades y claudican á menudo, siempre podrá ocurrir, y sucede, que el mal éxito en su examen lleve á un buen estudiante á la desesperación y aun al suicidio.

Pero sin llegar á esos extremos que naturalmente constituyen lo excepcional, siempre será cierto que ese padecimiento nervioso, periódicamente repetido, durante muchos años y agravado cada año, por la mayor trascendencia del ejercicio, produce efectos desastrosos que es conveniente, que es necesario evitar á toda costa, con tanta más razón cuanto más cierto es que los exámenes, tal cual hoy existen, á nada útil conducen.

Bueno sería que, *alguna vez, alguna vez siquiera*, nuestros gobernantes y nuestros legisladores pensaran en estos asuntos de enseñanza, mucho más graves y de muchísima mayor trascendencia que las contradanzas de la política desde una agrupación á otra.

¡Ya lo creo!

A. SÁNCHEZ PÉREZ

NUESTROS GRABADOS

Walter Hauser.—Por segunda vez ha sido elegido presidente de la Confederación Helvética el consejero federal Walter Hauser, y la gran mayoría de votos por él obtenida es



WALTER HAUSER,
elegido presidente de la Confederación Helvética
para el año 1900

la mejor demostración de la confianza que á todos los suizos inspira esta ilustre personalidad. Como director que hasta ahora ha sido del departamento de Hacienda, ha podido vencer á todos los partidos de que posee en grado eminente las cualidades necesarias para el elevado puesto que ha de ocupar durante el año 1900: ilustración, actividad y energía para resolver con entera imparcialidad los más arduos asuntos. Como presidente de la Confederación tendrá que encargarse del ministerio de Negocios Extranjeros y dejar el de Hacienda; pero pasado el año actual, volverá sin duda á ponerse al frente de este último, porque tiene empeño en resolver definitivamente algunas cuestiones importantísimas por él iniciadas, tales como la reversión de los ferrocarriles, las leyes de seguros, etc. Walter Hauser es hombre sumamente laborioso y perseverante, de arraigadas convicciones, esclavo de sus deberes y ardiente defensor de los intereses del Estado. Muy joven empezó su carrera política, distinguiéndose desde luego como gran parlamentario en los Consejos cantonal y federal: fué elegido por vez primera presidente de la Confederación Helvética en 1892.

Guerra anglo-boer.—Cual en todas las guerras y singularmente en la campaña que se sostiene en el África austral, ocurren incidentes inesperados y victorias que se atribuyen los ejércitos beligerantes, sin que tales ventajas influyan en lo esencial. La severa censura que ejercen las autoridades inglesas nos priva de conocer con exactitud la marcha y desarrollo de los acontecimientos, ya que hemos de aceptar como buenas las noticias que el Gobierno británico transmite. Ateniéndonos,

pues, á las deficiencias de la información oficial, consignaremos que el coronel Pilcher derrotó un comando boer, ocupando el campamento y haciéndole cuarenta prisioneros, sin que esta victoria haya producido positivas ventajas, ya que si bien es cierto que le fué posible continuar el movimiento de avance y apoderarse de Douglas, hubo de evacuarla después ante la imposibilidad de poder sostenerse.

El general French, por su parte, atacó las posiciones de los boers en Colesberg, si bien con discutible éxito, puesto que durante el combate púsose en movimiento desde Rensberg un tren cargado de provisiones, compuesto de veintiséis vagones, que descarriló junto á un puentecillo en que termina la rampa inmediata al apartadero de Pleuman. Los ingleses suponen que el accidente débese á una traición; pero aunque á todos los descalabros atribúyeseles el mismo origen, resulta el á que nos referimos que produjo ventajas para los boers, ya que se apoderaron de las provisiones, que no pudieron recobrar los ingleses, quienes hubieron de retroceder ante el cañoneo y el fuego de fusilería con que fué atacado un nuevo tren de auxilio que conducía una compañía de infantería y un crecido número de obreros indígenas. El resultado de la operación practicada por el general French ha sido negativo, porque aparte de las víctimas que ha producido, continúan los boers ocupando sus posiciones de Colesberg.

A su vez, el coronel Baden Powel, que se halla encerrado en Mating, intentó una salida que ha sido infructuosa. Al efecto atacó una posición boer, pero fué rechazado, perdiendo veintitún muertos, veinticinco heridos y tres prisioneros.

La situación de Kimberley es también harto difícil, puesto que á los rigores del asedio únense los estragos que producen la fiebre tifoidea y el escorbuto, que causan numerosas víctimas en la población y en las tropas inglesas.

Los africaners únense á los boers y cada día engrosan las filas republicanas, cundiendo de tal suerte la animosidad contra Inglaterra, que se cree probable el levantamiento general de los colonos, que á cada triunfo de los boers aumentan su hostilidad contra sus dominadores. Los basutos, por su parte, también simpatizan con los boers, y si bien los cafres de Dorpoort atacaron á las tropas de Joubert, no lograron ventaja alguna, puesto que fueron rechazados con considerables pérdidas.

Inglaterra, que está dando el triste ejemplo de que en sus puertas se practique el contrabando de guerra, exportando cañones, fusiles y conservas destinados al ejército del Transvaal, según lo confiesan sus periódicos, ha procedido con impremeditada ligereza á la detención de algunos buques, entre ellos el *Bundesrath*, que se ha visto obligado á dejar en libertad y á satisfacer una crecida indemnización, gracias á la enérgica protesta del emperador de Alemania, impulsado por el movimiento general del país, contrario en absoluto á los planes desarrollados por Chamberlain y sus compañeros de gabinete.

La atención hállase en estos momentos concentrada en Ladysmith. A juzgar por los despachos publicados por el *War Office*, resulta que el día 7 del corriente intentaron los boers un asalto, suponiendo quebrantada la división que manda el general White tras los rigores de un prolongado asedio, siendo rechazados con grandes pérdidas. En el ataque hízose uso del arma blanca, pero las tropas inglesas resistieron la acometida con gran valor y energía. Esto no obstante, desconócese el número de las bajas experimentadas por ambos ejércitos, si bien supónese que unos y otros conservan sus respectivas posiciones. Parece ser que en esta acción ha sido herido gravemente en un muslo el primogénito del conocido diplomático lord Dufferin.

Han llegado ya al Cabo el generalísimo lord Roberts y el jefe de Estado Mayor lord Kitchener, siendo de esperar que con su llegada y la de los refuerzos que con ellos iban comenzará un período de actividad en las operaciones que durante una temporada han estado un tanto encalmadas.

La opinión en Londres se ha reaccionado y el espíritu del pueblo se ha levantado un tanto; si bien puede darse el caso de que nuevas noticias destruyan el buen efecto producido por las publicadas en los centros oficiales, que no se recomiendan en el caso á que nos referimos, por sus pormenores y precisión.

Como medio para dar á conocer la extensión del entusiasmo patriótico que en Londres produce la guerra, anotaremos la noticia de haberse declarado en huelga cuatrocientos sastres dedicados á la confección de uniformes destinados al ejército expedicionario, temiéndose que se extienda á los seis mil operarios que ejercen su profesión en la capital del Reino Unido.

D. Antonio Cánovas del Castillo, estatua en bronce, obra de Joaquín Bilbao (fundida en los talleres de los Sres. Masriera y Campins). — Digno é inteligente sucesor del malogrado Susillo, es Joaquín Bilbao uno de los escultores que ocupan preferente lugar entre los que representan la moderna escuela sevillana, figurando su nombre entre aquellos que enaltecen por medio de sus obras, el arte patrio. Hermano del notable pintor Gonzalo, parece como si uno y otro, por diverso procedimiento, hubieran tratado de vincular en su apellido Bilbao glorias artísticas y prestigios que sólo se asignan al mérito. En un espacio de tiempo relativamente breve se ha dado á conocer, alcanzando señalados triunfos. Vivo está todavía el recuerdo de los elogios que en la Exposición Nacional de 1897 se tributaron á sus hermosos relieves titulados *El sueño de la Virgen* y *La visión de fray Martín*, cuyas reproducciones dimos á conocer á los lectores de esta Revista, calificados como un dechado de ejecución, delicadísimo modelado y simple, pero razonada composición. Uno y otro estimáronse por la crítica como magistrales producciones, á las que han seguido otras que enaltecen al artista y atestiguan sus excepcionales condiciones. La notable estatua del ilustre estadista don Antonio Cánovas del Castillo, destinada al monumento que ha de erigirse en Madrid, es otra gallarda manifestación de la valía del escultor sevillano.

MISCELÁNEA

Teatros.— Enrique Ibsen está terminando un drama con el título de *Harald Wings*, cuyo argumento se desarrolla en una mina.

Madrid.— Se han estrenado con buen éxito: en la Princesa *Las bodas de Camacho*, graciosísima comedia en tres actos muy bien arreglada del francés por D. Joaquín Arimón, y *El voluntario*, pieza en un acto de D. Adelardo Fernández Arias; en la Comedia *La prima de Pipperlin*, vaudeville en tres actos, arreglo de D. Calixto Navarro; *Serpentina*, juguete cómico

en tres actos de D. Rafael Coello, y *Los besugos*, zarzuela en un acto de los Sres. Mario y Abati con música de los maestros Saco del Valle y Valverde (hijo); en Lara *El diluvio universal*, pieza en un acto de D. Luis Larra; en Apolo *Los buenos*



Estatua en bronce de D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO,
obra de Joaquín Bilbao,
fundida en los talleres de los Sres. Masriera y Campins

mosos, sainete lírico en prosa y verso de los Sres. López Silva y Fernández Shaw con música del maestro Chapí; en la Zarzuela *El belén del abuelito*, de los Sres. Navarro y Fernández de Lapuente con música del maestro Chalons; y en Eslava *El rey de la Alpujarra*, zarzuela en un acto del conde de Locatelli con música del maestro Vives.

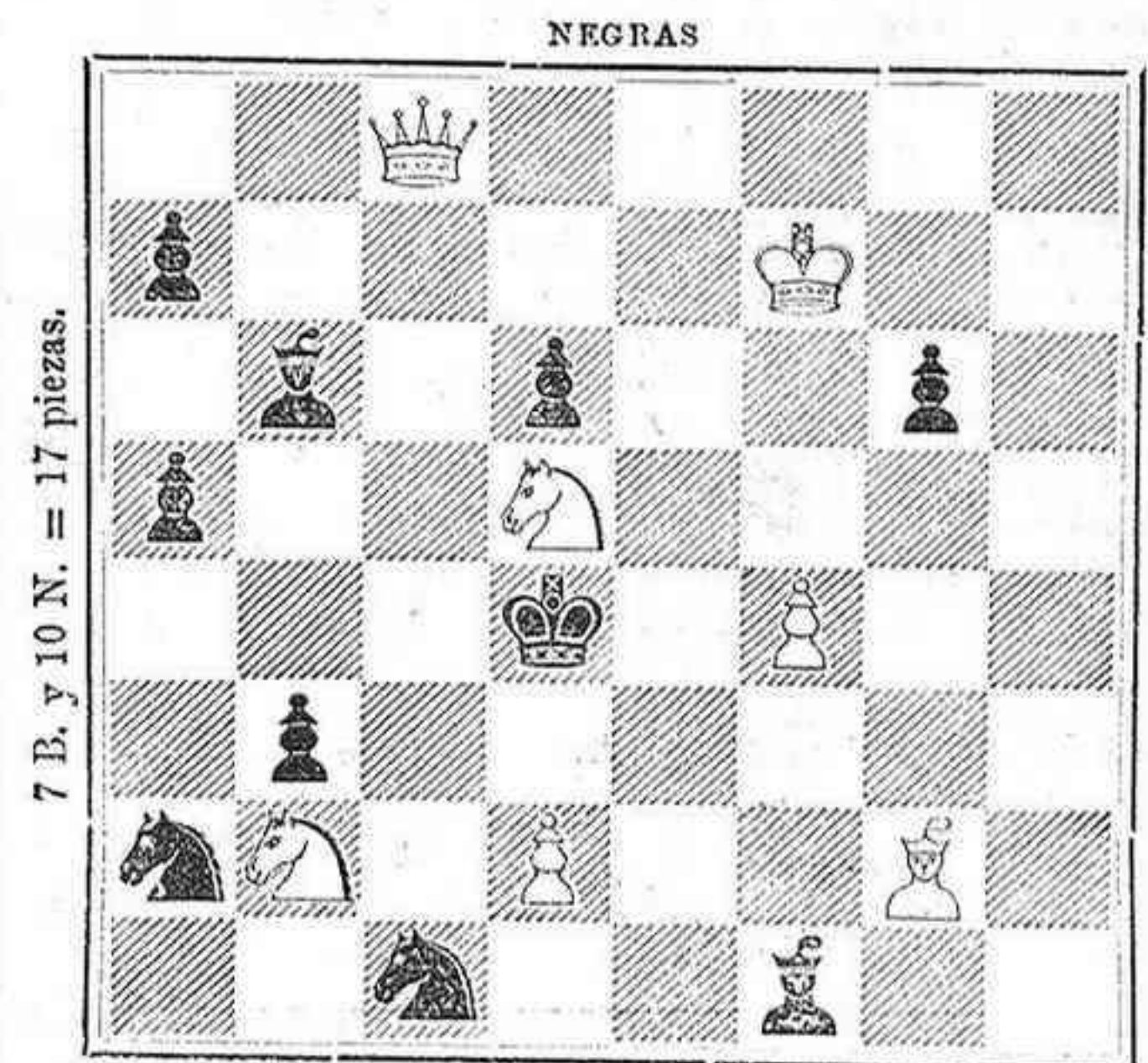
Necrología.

— Han fallecido: Augusto Allmer, conservador de los museos de Lyon. Guido Gezelle, uno de los más inspirados poetas flamencos.

Numerosos imitadores tratan de establecer una confusión entre sus productos y la verdadera **CREMA SIMÓN**; exijase el nombre del inventor.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 180, POR J. TOLOSA Y CARRERAS



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 179, POR J. TOLOSA

- Blancas. Negras.
1. D6AD 1. Cualquiera.
2. D6C mate.

EL OBSTACULO

NOVELA POR MAD. DANIELA D'ARTHEZ

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Es cosa agradable leer versos á una mujer bonita; á Darlot le gustaba, y daba lecturas en casa de sus más lindas amigas; no se cuidaba de que le comprendieran ó no; le bastaba ver una actitud y un rostro graciosos, oír de vez en cuando una interjección admirativa, lanzada algo al azar. Sabía que su oyente le escuchaba distraída, que pensaba en mil cosas á la vez y que nada acompaña mejor á un adormecimiento que el ritmo de los versos.

María Magdalena pensó primero en su marido, de quien tendría que solicitar que invitara á Lucy Hartley. Roberto le inspiraba un temor tan evidente, con su aire de corrección fría y reservada, que aún no sabía si le amaba; tampoco sabía si él, á su vez, sentía por ella algo más que un capricho, pasajero sin duda, y muy diferente de un cariño formal. Más bien parecía considerarla como una niña.

Hablaba poco, pero era hombre de valer. Tenía á su madre un cariño deferente y respetuoso, y la costumbre de obrar con arreglo á aquella voluntad que le había dirigido siempre.

Ya, en muchas circunstancias bastante fútiles, María Magdalena había visto á su marido ceder á la influencia de su madre, cosa que le había causado una especie de envidia, vaga todavía, la impresión de que su propia influencia no podría contrabalancear la de Mad. Le Clercq.

Pensó también en otras muchas cosas mientras Darlot le leía *Namouna*. La cadencia de las rimas mecía su cavilación; recordó la vida alegre, exuberante, sin cuidados, que había llevado antes de su casamiento; con cierta pena pensó en sus amigas que casi la habían olvidado, ahora que estaba enterrada en la provincia, todos gente de imaginación, porque en ese medio ambiente se respira con el aire esa locuacidad ligera, un poco burlona, que da cierto sabor picante y comunica algo de imprevisto á las ideas más gastadas.

El espíritu de la provincia es más reposado, y también más formal. Y María Magdalena tenía miedo de lo que le reservaba el porvenir.

Miró á Renato Darlot, que se entusiasma leyendo á Musset. De pronto se tuvo por satisfecha de que éste se hallara allí y ella menos sola; la ayudaría á aclimatarse; vendría como antes, como hoy, á leerle versos y á decirle cosas desagradables.

Abrióse la puerta del salón y Roberto Le Clercq entró precedido de una dama de extremada vivacidad, cuyos ojos azules y penetrantes dirigieron una mirada de extrañeza á los dos amigos, inocentemente ocupados en su lectura. Roberto se pellizcó los labios un poco delgados: le parecía la situación incorrecta, y dijo con tono seco:

— María Magdalena, te presento á Mad. Lignière, á quien no tuvimos el gusto de encontrar en su casa.

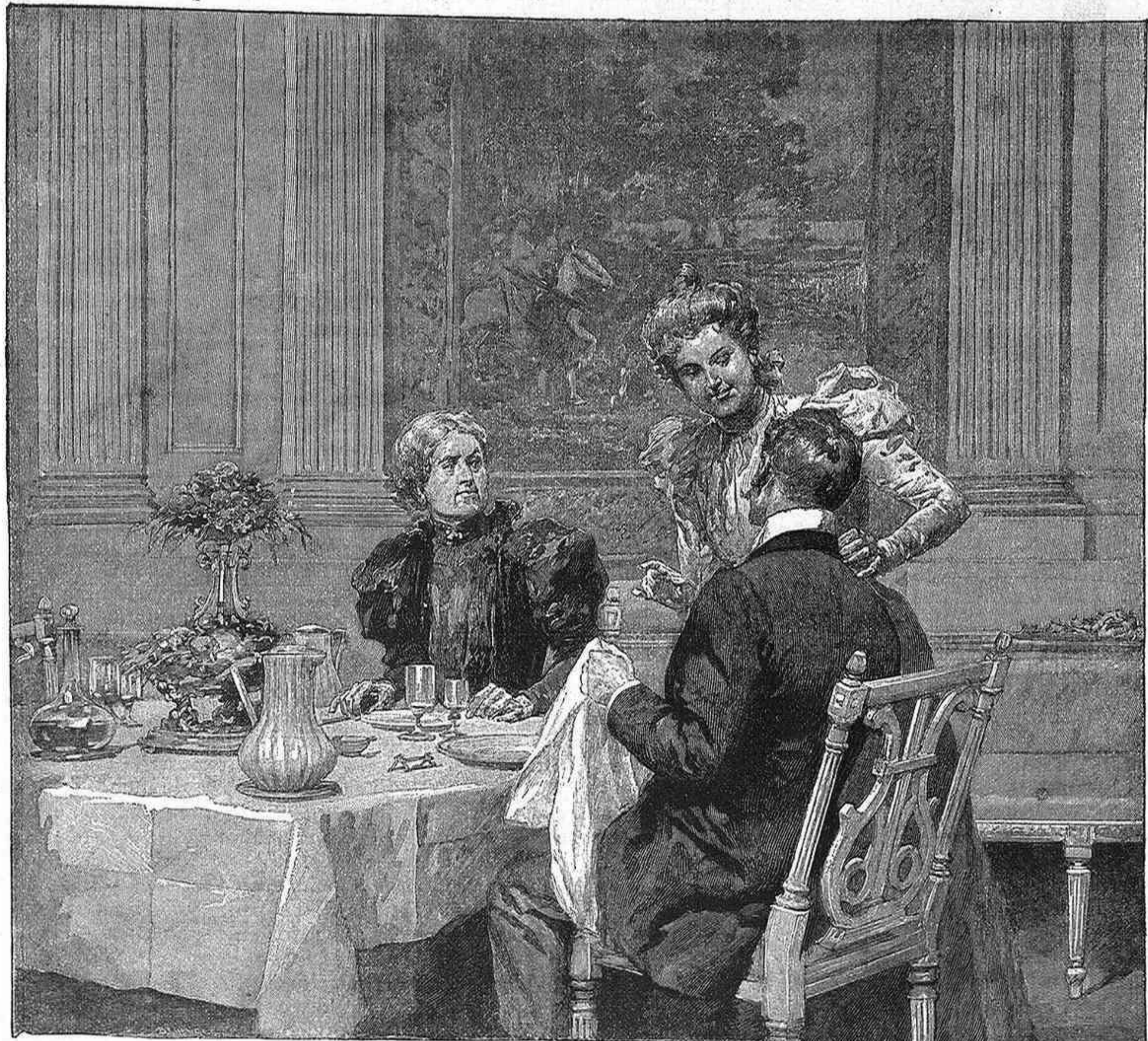
Las dos mujeres se saludaron. María Magdalena, recordando que aquella señora era presidenta de muchas asociaciones benéficas, le habló de sus empresas.

Mientras tanto Roberto estrechaba la mano de Darlot sin la menor efusión. La conversación fué lánguida, pasando de un taller de orfanato á un asilo de ancianos, y María Magdalena se aburría como rara vez le había sucedido.

Llegaron luego otras personas: M. Maignan, presidente de la Sociedad histórica, hombre canoso, encorvado, nudoso como un palo de serbal; al verle, Mad. Lignière se despidió bruscamente con ademán de desagrado, pero no sin decir á María Magdalena:

— Querida amiga, la he inscrito á usted por cincuenta francos en la asociación de nuestros asilos de ancianos; he contado de antemano con su excelente corazón... Venga usted, pues, con M. Le Clercq á visitar la casa... Nuestros pobres viejos la interesarán á usted... ¡Conmueven tanto! Confío en que será usted una de sus bienhechoras.

María Magdalena, un poco contrariada de colaborar sin consulta previa en asociaciones que no la interesaban, acompañó hasta la puerta á la presidenta, la cual se detuvo delante de una señora joven que, acompañada de su marido, hacía una entrada ruidosa y estrechaba las manos de Roberto hablando con voz aguda.



María Magdalena dió corriendo la vuelta á la mesa y fué á abrazar á Roberto

— Mad. de la Pallière, he enviado á casa de usted á cobrar el importe de su suscripción á la Obra de los aprendices huérfanos, y no la han pagado... Aquí debe haber algún error.

— No sé, amiga mía. Dígaselo usted á Gerardo, que es quien se ocupa de eso.

Mad. Lignière se dirigió á M. de la Pallière, que se disculpó con la escasa paga de los empleados para resistirse á las contribuciones forzosas de la presidenta; mientras la cotorrta de su mujer daba la mano á María Magdalena con alegre charla..., cumplidos, ofrecimientos de simpatía, de amistad, de intimidad...

La vieja señora pedigüeña había acabado por despedirse, honrando apenas á M. Maignan con un saludo.

— ¡Oh!, dijo Gerardo de la Pallière, estoy seguro de que ha encontrado modo de inscribirle á usted en una de sus listas. No puede tener una nueva conocida sin «birlarle» dos ó tres luises, en favor de todos los necesitados de la ciudad. ¡Qué «garfio!»

Al oír las palabras «birlar» y «garfio», Darlot se puso los quevedos.

— Gerardo, dijo su mujer haciendo una mueca entre severa y risueña, estás horriblemente inconveniente; vas á escandalizar á esta bella señora y á aquel caballero tan serio que nos mira desde allí con un libro en la mano... ¿Qué está usted leyendo?

Darlot, sonriendo, dijo:

— Leo *Namouna*.

— A mí no me gusta Víctor Hugo, contestó madame de la Pallière volviéndose hacia María Magdalena... ¿Quién le ha hecho á usted ese bonito traje de casa?

Darlot analizó á la joven con atención. Tenía veinte años y una de esas caras de modistilla parisiense. Baronesa de la Pallière parecía descender de Montmartre; su acento arrabalesco estaba en deplorable relación con una cabellera abultada teñida de rubio, unos ojos rodeados de kohl y un cutis naturalmente colorado, que el blanco de perla hacía parecer de color de malva.

A Darlot se le ocurrió esta idea:

— ¿Le gusta á usted el impresionismo?, dijo en voz baja. Esa señora tiene los tonos morados pálidos de un pastel de Iwill.

Roberto pidió cortésmente á M. Maignan noticias de un opúsculo histórico sobre un oscuro castillejo ruinoso cuya historia escribía el presidente.

— ¡Tarea difícil, caballero!, contestó el buen hom-

bre, hasta entonces vagamente adormecido, pero galvanizado por un súbito entusiasmo. Los documentos son raros, inciertos, confusos. Se que en 1549 un tal Jacobo Audibert, señor de la Haraudière, habitaba allí; en 1604, la propiedad pasó á manos de un Sr. Guillermo Rossel de la Grange. ¡Estre estas dos fechas, nada! He buscado, he compulsado todos los papeles que han venido á parar á mis manos; he registrado los archivos de la provincia, en Caen, en Alençon, en Argentan, y no he podido encontrar nada. Es cosa que desespera.

— Pero ¿esa gente tiene una gran importancia en la historia?, preguntó Renato.

— Ninguna, contestó candorosamente el buen señor: los la Grange, los la Haraudière no fueron más que pobres hidalgos, cuya vida carece de interés... y su morada tampoco lo tiene.

Darlot, estupefacto, dijo:

— Pues entonces, ¿por qué tomarse tanto trabajo?

— ¿Por qué? Pues muy sencillo: porque con materiales que parecen tan menguados se ha hecho la historia general de Francia. A no ser por nosotros, por nuestros trabajos encarnizados, todos nuestros historiadores, incluso el mismo Michelet, no habrían podido hacer nada. No dude usted de que es más fácil escribir su obra maestra que esas obscuras indagaciones á las cuales nos dedicamos. Michelet disponía de todos los documentos, no se tomó más trabajo que el de coordinarlos con ese hermoso estilo que usted sabe, y convendrá usted en que es más fácil escribir la historia que hormiguea de datos, que opúsculos sobre personas desconocidas de las que apenas se encuentra una huella semiborrada.

— Sí, es difícil hacer algo con nada...

— He escrito un folleto de doscientas páginas en octavo sobre un documento sumamente interesante y aun diré que precioso, que tuve la suerte de encontrar en un archivo del castillo de la Haraudière. Es una nota, una simple nota de lavandera que asciende á unos cuantos dineros: la nota de la lavandera de Enrique IV que pasó por este país en 1590, en la época en que conquistaba su reino. Por esa nota se

puede ver que el rey no tenía más que dos camisas de repuesto, y aun estaban agujereadas, puesto que la lavandera añade este detalle que me ha parecido típico: «por remendar estas dos camisas, que están usadas hasta en la trama, 3 sueldos.» Pues bien, como decía, he escrito un folleto acerca de esto; y mis colegas de la Sociedad histórica han convenido en la importancia de mi hallazgo y en la exactitud de las deducciones que de él saco... ¡Ah, caballero! ¡Cuán lejos nos lleva en el camino de las hipótesis esta nota de una lavandera! ¡Qué luz arroja sobre todo un lado íntimo de la vida de nuestros padres! «Dos camisas las cuales están usadas hasta la trama.» ¡Y qué sabor tiene esta antigua lengua gala! ¿No le parece á usted leer á Montaigne?

— Sí, aunque los pensamientos no son tan profundos...

María Magdalena ya no se aburría; Mad. de la Pallière, con una risa obstinada que quería ser chispeante, y llegaba á causar como una contracción nerviosa, miraba alternativamente con la misma ojeada viva á Roberto, á Renato Darlot, al presidente, á los amercillos del techo y á los sillones de tapicería.

M. Maignan volvió á su adormecimiento y en breve se batió en retirada.

— ¡Oh!, dijo Mad. de la Pallière, ¿han observado ustedes la tiesura de Mad. Lignière? La vista de M. Maignan la ha puesto en fuga. Esto consiste en que hay competencia caritativa entre ellos. La hija de M. Maignan es presidenta de muchas sociedades de las que se ha hecho salir á Mad. Lignière; así es que se hacen una guerra que tiene por campo de batalla el bolsillo de todos sus amigos y conocidos. M. Lignière no organiza un baile á beneficio de los huérfanos sin que Mlle. Maignan proyecte un concierto de beneficencia en favor de los sordo-mudos. Es una emulación que asusta.

En esto entraron otras personas: M. y Mad. Lavernede; él, un comerciante gordo y rico; ella, una mujer delgada, elegante, de traje y modales refinados. Como Mad. de la Pallière quisiera hablar de modas en su presencia diciendo que era parroquiana de Doucet, Mad. Lavernede, echando una ojeada lenta al vestido de aquella señora, insinuó que en el Louvre hay vestidos muy bonitos á precios reducidos. Mad. de la Pallière se despidió, llevando clavada esta flecha acerada.

Todas estas pequeñas vanidades que chocaban á la vista de María Magdalena, la consternaban; en Renato Darlot producían un efecto contrario; se divertía grandemente, y prolongaba sin notar lo una visita que, á sus ojos, era puramente amistosa y no oficial.

En aquel salón se sucedían las figuras más diversamente interesantes como en una linterna mágica. Conocía á la mayor parte de aquellas personas, pero superficialmente, y se sentía allí á sus anchas para estudiar á toda aquella gente.

El desfile continuó largo tiempo. Todas las notabilidades de la población pasaron por aquel examen obstinado. Roberto, que tenía una noción un poco estrecha de la corrección y de las conveniencias sociales, juzgó indiscreta la duración de aquella visita; Darlot ni siquiera pensaba en ello; se consideraba en su casa estando en la de su buena amiga María Mad, á la que le costaba trabajo tratar seriamente, y observaba con interés en su rostro los pensamientos que la agitaban en presencia de sus visitas.

El único personaje á quien se olvidó estudiar fué al dueño de la casa, cuyo enojo le pareció tiesura desabrida.

Roberto dijo aquella noche á María Magdalena que Darlot le desagradaba. María Mad, cansada de haber visto tantas caras, de hacer y recibir tantos cumplidos, de oír tantas trivialidades, no tuvo ni la idea ni el valor de defender la causa de Renato; pero le importaba poco lo que pudiera pensar su marido; le dejaba dueño de querer ó no querer á sus amigos con tal que ella pudiera apreciarlos á su modo.

El comedor de Mad. Le Clercq, construído y decorado á fines del siglo XVIII, tenía toda la gracia de aquella época, en que el arte decorativo, alejándose de las exageraciones del estilo rococo, se inspiró en las líneas rectas del arte griego y afectó una elegancia sobria.

Tenía forma de hemicycleo, con el techo muy alto, sostenido por pilastras estriadas, y había entrepaños de espejos que alternaban con tapices, copias de las «Cacerías del rey,» de Oudry. Adornada con maderas incrustadas, con antiguas lacas del Japón, con maravillosas piezas de cerámica oriental, aquella sala regocijaba la vista, y disponía á disfrutar de una buena comida mejor que las salas de Renacimiento, con sus falsos robles viejos, sus colores oscuros, sus cor-

tinajes de terciopelo, que producen sombra á la mitad del día.

Queriendo Mad. Le Clercq ahorrar á su nuera el cuidado de dirigir su casa, todos los días comía con sus hijos, pero almorzaba sola.

Por más que dijera el doctor Bois Saint-Marcel, su vida estaba absolutamente mezclada con la de Mad. Le Clercq; aquella ilusoria limitación de un piso á otro no detenía á la buena señora. Quería demasiado á su nuera para no ocuparse á cada momento de lo que la atañía; de suerte que aquel afectuoso y excelente sentimiento venía á ser como una red de mil mallas que envolvía á la joven suave y fuertemente; no salía sin que su suegra mandara enganchar el carruaje para acompañarla adonde quería ir; no recibía á nadie sin que su suegra dejase de presentarse en la visita; no leía un libro por cuyo título no le preguntara; no recibía una carta sin que se informara de su contenido.

María Magdalena era de carácter dulce, pero capaz de rebelarse cuando abusaban de su bondad; sin embargo, la rígida educación que había recibido le impedía dar á conocer á su suegra el disgusto que le causaba el no poder verse nunca sola.

Un cariño llevado á tal extremo se convierte en una molestia de todos los momentos. María Magdalena no lo pensaba aún así; no tenía más que veinte años; llevaba poco tiempo de casada; el sentimiento de su gran juventud vigorizaba su paciencia y el sincero deseo de vivir en paz con todo el mundo. Estaba dotada de gran flexibilidad que la hacía plegarse á las voluntades que dominaban la suya.

Esto le impedía darse cuenta exacta de la causa de su fastidio habitual; creía echar de menos solamente la vida de París, cuando lo que la faltaba era la libertad que le dejaba su padre.

Veía poco á su marido. Roberto tenía verdadero talento y profundo conocimiento del derecho, y contando con la clientela de su padre y de su abuelo, que también fueron abogados en Montpazier, trabajaba mucho. Llevaba una vida de poco trato social; casi siempre en el Palacio de Justicia ó encerrado en su bufete, escribiendo y compulsando sus pleitos y procesos, se ocupaba poco de su casa.

Era hombre de carácter grave y reservado. No sabía hasta qué punto amaba á María Magdalena y era para él como un rayo de sol y de alegría en una vida opaca. Porque la joven poseía la envidiable facultad de estar siempre alegre. Reía con facilidad; hablaba maliciosa y espiritualmente, teniendo chistosas ocurrencias. Al oír las, Mad. Le Clercq sonreía con aire de indulgencia ó reprendía con dulzura á su nuera; Roberto no decía nada, miraba á su mujer con ojos brillantes y con vivos deseos de abrazarla; la quería porque era joven, graciosa, sin asomo de malevolencia; habría querido contestarla, replicarle á su vez con chistes que le acudían á los labios, con cosas bonitas que el placer de amarla le sugería, pero siempre le detenía el súbito temor de cometer alguna torpeza y más que todo la presencia de su madre, porque un tercero es siempre un estorbo en estas expansiones. Roberto guardaba en presencia de su madre la correcta actitud á que estaba acostumbrado.

¿Qué habría dicho si le hubiera visto reír ó valsar con María Magdalena, como alguna vez lo hacía para distenderse los nervios? A ella se le perdonaban estas ligeras incorrecciones porque era aún muy joven. Roberto lo conocía, y la idea de la mirada de extrañeza que le dirigiría su madre, si él también quería hacerse el joven, contenía estas veleidades.

Así pues, María Magdalena estaba más á gusto con su padre que con su marido. A su padre habría confiado con preferencia sus pensamientos íntimos; sabía que la comprendería, que siempre encontraría una disculpa en esa indulgente benevolencia de los egoístas que aman ante todo su libertad y no piensan en coartar la de los demás.

Con el mismo Darlot se encontraba más á su gusto. Apreciaba en su valor su verdadera amistad, y si á veces la reconvenía, estas reconveniones eran breves y más bien servían para estrechar su intimidad.

Una noche, durante la comida, la camarera entregó á María Magdalena una carta que ésta se apresuró á abrir. La leyó y se la guardó sin decir una palabra. Roberto, que contaba á su madre las peripecias de una causa que había defendido, no reparó en el silencio de su mujer; pero Mad. Le Clercq, que en todo se fijaba, no llevó muy á bien que María Magdalena guardara para sí sola el contenido de su carta; mas como era muy buena, resolvió no dejar traslucir su descontento y dijo con acento afable:

— ¿Qué tienes, nena? Te has puesto muy seria de pronto.

Y como María Magdalena negase que tuviera alguna preocupación, su suegra repuso:

— ¿Has recibido alguna noticia desagradable de tu padre?

— No: la carta es de Lucy Hartley.

En aquella carta, escrita desde Londres, la inglesa anunciaba á su amiga que iba á embarcarse para Francia, que pasaría unos cuantos días en París y en seguida iría á Tregastel, donde se proponía veranear. Había alquilado una quinta, se llevaba todos sus avíos de pintura, pues quería trabajar asiduamente para presentar algo en la próxima Exposición: no la acompañaba más que una camarera y se proponía vivir lo más sencillamente del mundo, prefiriendo la agreste naturaleza bretona y la soledad de las aldeas de pescadores á la agitación mundana de Trouville ó de Dinard.

Cuando leyó la carta, María Magdalena pensó que debería invitar á Lucy á pasar algunos días en su casa al ir á Tregastel. Hacía casi un año que no la había visto, porque miss Hartley había hecho un viaje de muchos meses por Holanda.

Sentía un vivo deseo de volverla á ver, pues la quería mucho y admiraba su firmeza de carácter. Sin embargo, vacilaba en formular su petición. Esta timidez, por la que se reprendía, procedía de que, sin que ella se diera cuenta, en realidad no estaba en su casa, sino en la de su suegra.

Comprendía lo delicado de su situación, sin querer analizarla. No era ella la que invitaría á Lucy, sino Mad. Le Clercq.

— ¿Lucy Hartley? ¿Tu amiga de Londres? ¿Qué te dice de desagradable?

— Nada, contestó María Magdalena, apresurándose á hablar con la entereza de las personas tímidas. Al contrario: viene á Francia, y si quisieras, Bob, me alegraría mucho de que pasara unos cuantos días con nosotros.

Habíase puesto colorada; miraba á su marido con ojos irresistibles; rara vez le tuteaba; rara vez le llamaba con aquel diminutivo inglés. Él se sonrió y contestó sin pensar en consultar á su madre:

— Mucho que sí. Yo quiero todo lo que tú quieres. Díselo así pronto á tu amiga: debe ser muy simpática, puesto que ha sabido hacerse querer de mi buena María Mad.

En uno de esos arranques de alegre humor que no podía dominar, María Magdalena se levantó, dió corriendo la vuelta á la mesa y fué á abrazar á Roberto.

A Mad. Le Clercq le pareció esta acción incorrecta: en el hecho de no consultarla, ¿no habían faltado al respeto que se la debía? Sin embargo, acordándose de su mansedumbre ordinaria, procuró sobreponerse á aquella desagradable impresión.

María Magdalena, entregada á su alegría, no advertía nada y contestó con volubilidad:

— ¡Qué gusto me das! ¡Quiero tanto á Lucy! Ya verás qué original é ingeniosa es. Es mucho más guapa que yo y casi tengo miedo de que no me ames cuando la hayas visto. Ha leído, ha viajado, habla muy bien, pero no de todo como yo. Es una perfección. Le pediré que haga mi retrato mientras esté aquí.

— Pero si no tendrá taller, dijo Roberto encantado de la alegría de su mujer.

— ¿Acaso lo tendrá en Tregastel? Se instalará de cualquier modo: las inglesas son muy prácticas. Le daremos para ello el gran cuarto azul del tercer piso, donde hay muy buena luz.

Mad. Le Clercq dijo con voz que creyó dulce:

— El cuarto azul lo necesito yo: he dispuesto de él.

María Mad se quedó como si le hubiesen echado un jarro de agua fría. Recordó que aquella casa no era suya y volvió á su sitio. Roberto, extrañado, repitió:

— ¿Que ha dispuesto usted del cuarto azul?

— Sí. He rogado á Mad. Charmón que venga á pasar en mi casa todo el tiempo que juzgue necesario para salir de la triste situación en que hoy se encuentra...

Siguióse una pausa. María Magdalena se absorbió en la contemplación de un salero de plata, mientras Roberto, muy contrariado y no atreviéndose á decirlo, se ponía otra vez á comer.

Mad. Charmón, que pertenecía á la buena sociedad de la ciudad, era una señora cuyo marido acababa de morir después de una corta enfermedad, dejando á la viuda absolutamente privada de recursos. Esta desgracia atrajo al pronto á Mad. Charmón verdaderas simpatías, que no tardó en ir perdiendo á causa de su extraño carácter.

La perspectiva de vivir con una persona cuya situación era sin duda digna de interés, pero cuya conversación, actitud y legítima tristeza no podían menos de causar melancolía en su casa, desagradó en extremo á Roberto.

Mad. Le Clercq notó la frialdad de su hijo; sintió lo que acababa de decir, tanto más cuanto que en realidad no había indicado aún nada a Mad. Charmón; al contrario, había tenido que resistirse a las insinuaciones interesadas de esta señora. El deseo de recordar a sus hijos que estaba en su casa y que se debía contar con su voluntad la había llevado demasiado lejos, y conociéndolo, repuso con acento conciliador:

— Mad. Charmón es digna de lástima; va a vender todos sus muebles para pagar las deudas de su marido, y durante esta crisis dolorosa he creído que no estaría de más ofrecerle un asilo; no estará aquí mucho tiempo, y podremos arreglar otra habitación para miss Lucía Hartley.

María Magdalena, contrariada por este incidente y por la actitud de su suegra, contestó:

— Lucy sentiría mucho molestar a usted; la alojaremos en nuestro piso, en la habitación contigua a nuestro tocador. Por lo que respecta al taller, fácilmente se pasará sin él...

Mad. Le Clercq no insistió, y terminó la comida lo más despacible del mundo.

María Magdalena se retiró para escribir a miss Hartley y Roberto se metió en su despacho. Madame Le Clercq, disgustada, lesionada en sus derechos aunque nadie le había dicho nada, ofendida por el silencio de su hijo, fué tras él y le dijo:

— ¿Parece que desapruebas la invitación que he hecho a Mad. Charmón?

Roberto no respondió al pronto, y siguió ojeando distraídamente sus papeles.

— Contéstame, Roberto.

— Pues la verdad es, dijo con tono frío y respetuoso, que sería mejor no tener una extraña en nuestra vida íntima.

— Sin embargo, acabas de autorizar a María Magdalena para que invite a su amiga.

— Es muy diferente; miss Hartley pasará aquí una o dos semanas a lo sumo; mas con respecto a madame Charmón sabe usted cuándo entrará, pero no cuándo saldrá.

— Debes juzgarla bastante considerada para no llegar a ser molesta, replicó Mad. Le Clercq con tono seco; además, si llegara este caso sabré arreglarle de modo que no la tengamos que sufrir mucho tiempo.

— Y como ese caso se presentará sin duda, hubiera valido más dejar a esa señora en su casa que tener el disgusto de plantarla en la calle.

— ¿Y por qué se ha de presentar ese caso?

— Usted misma lo ha dicho. Mad. Charmón estará aquí hasta que encuentre un modo de vivir decoroso, lo cual puede ser muy largo. La idea de trabajar para vivir le será desagradable; aquí encontrará una existencia muy grata; si no he juzgado mal de su carácter, abusará...

— ¡Si no juzgas mal! Pero ¿la conoces lo bastante para juzgarla bien?, replicó Mad. Le Clercq. Pues yo, con las relaciones que tengo, estoy segura de encontrarle en poco tiempo una colocación muy buena.

— ¿En Montpazier? No consentiré en rebajarse precisamente en la ciudad donde ha ocupado una posición decente.

— Vamos, veo que he incurrido en la censura de mi hijo por haber ofrecido mi casa a una persona a quien compadezco y aprecio...

Roberto, enojado y rígido, miró con fijeza a su madre y dijo:

— Ha exigido usted conocer mi pensamiento. No me permito censurar a usted. Haga lo que mejor le parezca.

Mad. Le Clercq salió más contrariada de lo que había entrado; iba con intenciones conciliadoras, y el tono firme de su hijo la irritaba tanto más cuanto que en el fondo su propia causa era mala. Y lo cierto era que preocuparse por Mad. Charmón era una tontería.

Con todo, resolvió seguir adelante y hacer lo que había anunciado. Al volver a su cuarto tuvo por primera vez un sentimiento de amargura.

Acudió a su memoria todo cuanto hacía por sus hijos.

Siempre había obrado olvidándose de sí misma, no pensando más que en el bienestar de ellos. Dejó que Roberto eligiera la mujer que le agradó, aun sin tener fortuna, por más que hubiera podido aspirar a la mano de otra que no fuera la hija de un médico sin clientela. Lejos de hacer sentir a María Magdalena esta generosidad, la trataba como una hija, la colmaba de regalos, aprovechaba todas las ocasiones de proporcionarle distracciones; había exigido que los esposos fuesen a vivir con ella, donde disfrutaban del lujo de su magnífico hotel, de sus carruajes y hasta de sus criados; pues no tenían más que una

camarera, porque siempre comían a su mesa. Sí. Ella se portaba bien, y ellos parecían olvidarlo. La omisión de consultarla para invitar a miss Hartley podía parecer poca cosa; sin embargo, era el punto de partida de toda una serie de disgustos. Por otra parte, la actitud de Roberto entristecía, así como la de María Magdalena, que tenía la presunción de rechazar todas las insinuaciones que se le hacían y de pretender alojar en su piso a su amiga... ¡En su piso! Mad. Le Clercq se sonrió. Y la idea del bienestar de que gozaban sus hijos la enterneció; ella era su providencia; a no ser por ella tendrían que vivir modestamente, pues sólo contaban con los emolumentos de Roberto, aún muy poco conocido para tener una posición desahogada. A no ser por ella, María Magdalena descendería a la clase de simple particular casi necesitada, aguardando los días aún remotos en que su marido alcanzaría celebridad. Ya no habría coches ni equitación, ni elegantes «tea gown», ni sombreros de Reboux, ni almuerzos exquisitamente servidos a los que convidaba a sus amigos... Sentirse así necesaria suavizó a la anciana señora, y perdonó. Quiso pensar únicamente en las graciosas cualidades de María Magdalena, en su carácter igual, en su porte correcto, en su donaire... En suma, podía estar orgullosa de la linda mujer de su hijo. Sólo necesitaba adoptar una resolución firme: la de inculcar bien el sentimiento de la gratitud debida, para que aquel leve espíritu de rebelión no se reprodujera.

María Magdalena era de un natural muy flexible y tenía mucha finura. Comprendería, y todo iría bien. En los primeros tiempos es cuando hay que tener firmeza. En cuanto a Roberto, siendo el hijo, tenía el derecho de considerarse en su casa. Ella únicamente era la que había estado incorrecta, y por su culpa Roberto había tomado aquella actitud de lucha. Él sabía que Mad. Charmón desagradaba a su mujer; y le había disgustado su introducción en su casa.

Tomada la resolución de mostrarse bondadosa, a pesar de la ingratitud, Mad. Le Clercq recobró su tranquilidad de conciencia. La grandeza de su generosidad le sosegó el alma, y se durmió satisfecha.

María Magdalena, después de escribir a miss Hartley, pensaba que habría preferido estar absolutamente en su casa para recibir a su amiga y cuán desagradable es invitar a alguien allí donde uno mismo no pasa de tolerado.

Hacía dos días que Lucy Hartley estaba en Montpazier, y una semana que Mad. Charmón había aceptado la hospitalidad de Mad. Le Clercq, de suerte que la satisfacción experimentada por María Magdalena por ver a su amiga la acibaraba la presencia habitual de la señora enlutada, a la que Darlot llamaba «Elegía llorona.»

A la verdad, Mad. Charmón tenía motivo para estar triste, pero hacía demasiada ostentación de esta tristeza; se encaramaba en su dolor como en un pedestal, y la delicia de sus sentimientos era una calamidad para las personas obligadas a soportarla. Era una mujer alta, indolente, de cabello negro pegado a unas sienes estrechas, y de perfil prolongado de madonna prerrafaelica. Lucy Hartley apreció desde luego su tipo, desde el punto de vista artístico; pero la indolencia, la blandura, el continente de aquella mujer la desagradaron tanto, que ya no pensó en compararla a los Botticelli, puestos de moda por una literatura reciente.

— Es insostenible, dijo a María Magdalena; sus suspiros en *do menor*, su voz lánguida, sus ojos levantados al techo... ¡uff!, todo eso es de un gusto detestable. Eso ya no es un Botticelli, sino un cromo.

— ¿Conque, según parece, le gustan a usted mucho los pintores primitivos?, preguntó Renato Darlot, que sentado en un ángulo del salón dibujaba en una hoja de papel Whatman mujeres lisas con alas de ángeles para ilustrar una edición de *Griselidis*. ¿Le gustan a usted Botticelli, y Carlos Maratti, y Signorelli, y Mantegna, y todos los viejos antepasados de bronce que se entretuvieron en pintar santos muy tiesos como estatuas de madera, con colores chillones y muchas faltas de dibujo? ¿Le gustan a usted? Pues a mí no.

— Ni a mí, dijo francamente Lucy. ¡Derribemos los dioses! Ni siquiera me gusta Rafael. Vea usted su retrato de Juana de Aragón en el Louvre. Esa cabeza encajada en un largo cuello, esa boca demasiado pequeña, esos ojos demasiado grandes, ese óvalo del rostro demasiado perfecto, todo eso no es verdadero, ni sincero. Se conoce que no debía haber ningún parecido. Pues ¿y ese color amarillento?.. Los dibujos de Rafael, sí; sus cuadros, no. Mad, *my darling*, quédese usted como está ahora; tengo gana de retratarla a usted al pastel. ¿Quiere usted? ¿Tiene un

toque tan espiritual! Y unos cabellos de un rubio maravilloso. Voy a buscar mi caja y mi cartón.

Lucy salió un momento del salón. María Magdalena dijo a Darlot:

— ¿Qué le parece a usted Lucy? ¿Verdad que es encantadora?

Darlot levantó su pincel con aire grave.

— Inteligente. Es un soberbio ejemplar de esa raza de mujeres inglesas de buena sociedad, que han recibido una educación sana, que piensan, racionan y obran virilmente. Es notable.

— ¿Y bonita, no?

Miss Hartley entró con sus lápices, un cartón y un pequeño caballete.

Arregló con presteza todos estos objetos, y colocando a su amiga delante de la ventana, dando así para fondo del cuadro los lejanos árboles de un parque inglés y el azul del cielo, empezó su bosquejo a grandes rasgos con una soltura y una seguridad que entusiasmaron a Darlot. Éste había suspendido su acuarela, diciendo que hay días en que no se siente uno bastante idealista para pintar mujeres adornadas de alas angélicas.

Al poco rato fué a sentarse al piano, lo abrió y tocó una pieza noruega de Grieg. Luego cantó una barcarola de Lalo.

— Tiene usted una bonita voz y un buen método, dijo Lucy.

Darlot tocó algunos compases de *Lohengrin*.

— ¡Ah! El dúo del último acto... ¿Lo canta usted? Yo también.

Lucy soltó sus lápices un momento y se acercó al piano. Mientras cantaba el dúo con Renato, Roberto entró en el salón sin hacer ruido y sonrió de lejos a María Magdalena.

El retrato apenas bosquejado iba saliendo bien; todo aquel aparato de pintor, la bonita joven a quien se retrataba, los dos cantantes y el sol de verano que alumbraba aquella habitación comunicaban una sensación de bienestar y de alegría íntima.

Lucy se había captado desde luego la simpatía de Roberto. Su aire serio é inteligente agradó a aquella otra inteligencia formal, y además su verdadero cariño a María Magdalena, cariño sin frases, pero sincero, que le agradeció Roberto.

— ¡Qué hermoso es!, exclamó María Magdalena cuando acabó el dúo. Al escucharlos a ustedes he formado un proyecto. Roberto, ¿quieres que invite-mos a algunas personas, daremos una velada musical? Lucy cantará con M. Darlot, y tú tocarás el violín.

— Se lo podremos preguntar a mi madre, contestó Roberto.

Lucy volvió a su caballete.

— Póngase usted otra vez como estaba, Maud. Nada de música en verano: hace demasiado calor.

— Cuando se tiene afición, se puede tocar en todo tiempo, replicó María Magdalena, que era incapaz de tocar un vals. Pero debo advertirte, Roberto, que no es en la habitación de tu madre donde quisiera recibir, sino en la nuestra. Y no se trata de una velada de aparato, sino de una sencilla reunión, algunas personas solamente.

— Como quieras; pero aquí viene mi madre.

Mad. Le Clercq entró.

— Estábamos hablando de convidar a algunas personas a una velada musical, le dijo Roberto.

Mad. Le Clercq respondió vivamente aunque sonriendo:

— ¡Oh! No hay que pensar en ello, Roberto, es imposible. Y hasta me sorprende, nena mía (añadió volviéndose a su nuera), que hayas cantado y tocado como acabas de hacerlo.

— Yo he sido la que ha cantado, señora, dijo Lucy con exquisita finura; pero no sabía que le desagradara a usted la música.

— Es que, dado el luto reciente que lleva, madame Charmón ha debido extrañar que se hiciera ruido.

Lucy Hartley se recreaba trabajando el fondo de su pastel. Darlot sin duda no había comprendido ni escuchado; porque, poniendo la sordina en el piano, cantó a media voz la serenata del *Barbero*.

— Creo que sería inconveniente convidar aunque sea a amigos íntimos mientras ella está aquí. Le sería muy penoso.

— Siguió un rato de silencio. Roberto frunció el ceño; empezaba a parecerle muy pesada la presencia de Mad. Charmón. María Magdalena procuró en vano encontrar la mirada de su amiga... Darlot prosiguió sus escalas, insultando el luto de la viuda.

— Venía a preguntarte si estás dispuesta a acompañarme a la sesión del Comité del hospicio de ancianos abandonados, continuó Mad. Le Clercq sin notar la frialdad con que se la acogía.

(Continúa)

EN EL PAÍS DE LOS BOERS

LAS MINAS DE DIAMANTES DE KIMBERLEY

Los graves acontecimientos que en el Africa austral se desarrollan han atraído nuevamente la atención pública sobre Kimberley, la capital de Gricualandia; por esto creemos interesante dar algunos datos acerca de esa provincia tan poco conocida que, á pesar de su extensión, apenas contaba tres ó cuatro granjas antes del descubrimiento de los terrenos diamantíferos.

En 1867, un colono boer llamado van Niekerk, fué á visitar en la frontera extrema de la colonia del Cabo á uno de sus compatriotas, Jacobs, cuyas tierras estaban situadas en la confluencia del Orange y del Vaal. Durante su permanencia en aquel país vió en manos de los hijos de su amigo algunas piedras brillantes que llamaron su atención, pues desde luego le parecieron diamantes; y habiendo querido comprarlas, Jacobs, sin sospechar lo que valían, se las regaló sin querer aceptar remuneración alguna.

Después de varias transacciones, el mayor de aquellos diamantes fué á parar á manos del doctor Atherstone, de Grahamstown, el cual lo vendió en 500 libras esterlinas al gobernador del Cabo, sir Felipe Wodehouse.

Seducido por tal ganancia, van Niekerk volvió á orillas del Vaal, en donde supo que un hechicero cafre poseía entre sus innumerables amuletos una piedra brillante de un tamaño extraordinario: fué en busca de aquel individuo, y consiguió adquirirla á cambio de cien carneros y treinta caballos. El diamante pesaba 83 carats y fué vendido en 11.200 libras esterlinas: aquel diamante era el célebre «Estrella del Africa del Sur.»

Al enterarse de ello, una nube de aventureros cayó sobre aquel país. En 1870 había 8.000 blancos en los terrenos diamantíferos; diez años después, su número se elevaba á 40.000. La primera ciudad por ellos fundada fué Barkey, á orillas del Vaal, cuya fundación data de 1869.

¿A quién iba á pertenecer aquel territorio que de pronto adquiría un valor inestimable? En realidad, era propiedad del Estado de Orange, al cual se lo había cedido algunos años antes un tal Adán Kok, jefe de la tribu indígena de los gricúas; pero hubo que contar con Inglaterra.

En efecto, los mineros, de origen británico en su mayor parte, organizáronse inmediatamente en sociedad, designaron á algunos de sus compatriotas para mantener el orden y pidieron al gobierno del Cabo que enviara á Barkey un residente y algunas tropas. Inglaterra apresuróse á acceder á tal solicitud, y para dar á su intervención un aspecto legal, hízose ceder los terrenos diamantíferos por el entonces jefe de los gricúas Waterboer, y declaró nula la primera venta hecha por Adán Kok al Estado de Orange. Al mismo tiempo sir Hay, gobernador interino del Cabo, envió algunas tropas y un teniente gobernador á Gricualandia.

Los boers acogieron con vivas protestas aquella toma de posesión realizada con menosprecio de sus derechos. Brand, presidente del Estado de Orange, penetró en la Gricualandia con 1.000 hombres y cuatro cañones; pero no estalló la guerra gracias á la habilidad del gobernador del Cabo. Por último, después de reñidas discusiones pactóse entre lord Cornavon, ministro de las Colonias, y el presidente Brand un arreglo en virtud del cual se concedió al Estado de Orange la suma de 90.000 libras esterlinas para indemnizarle por la cesión de los terrenos diamantíferos; además, se le dieron 15.000 libras esterlinas como auxilio para la construcción de sus ferrocarriles.

La operación fué excelente para Inglaterra, porque durante mucho tiempo la exportación de piedras pre-

ciosas se elevó por término medio á dos millones de libras esterlinas por año: actualmente esta cifra ha disminuído algo.

Hasta el año 1873, los buscadores de diamantes limitaron sus operaciones á las arenas del Vaal; pero algunos mineros, suponiendo con razón que aquellos diamantes habían sido desprendidos del suelo por la acción de las aguas y por éstas arrastrados, practi-

había escondido en un kraal entre cabras y carneros, y le hicieron firmar casi por fuerza un acta de venta de su granja, entregándole á cambio 125.000 francos y regresando á escape para tomar posesión del filón precioso. Du Toit fué á establecerse en Capetown, en donde vivía aún hace algunos años. En el mismo sitio que ocupaba su granja fundóse posteriormente la ciudad de Kimberley, hoy capital de las minas de diamantes.

En 1873 formáronse dos compañías inglesas para la explotación de las minas de diamantes, la *London and South African Company* y la *Hope town Diamond Company*, que no tardaron en hacerse una guerra encarnizada en la que la segunda fué vencida por la primera. En aquella época había tres campos principales de explotación de diamantes; en la actualidad hay siete ú ocho. Cada campo está dividido en secciones separadas por pequeños senderos por donde circulan los carros y las carretillas: estos senderos cercados de *claims* son tan estrechos, que con frecuencia se producen en ellos accidentes, rodando hombres, caballos y carretas por las excavaciones, que forman verda-

deros precipicios, y aplastando á los que en el fondo de las mismas trabajan.

Los *claims*, cuyo valor varía entre 200.000 y 400.000 francos, son generalmente cuadrados, de treinta pies de lado, que cada propietario explota con algunos blancos y un cierto número de indígenas. Unos cavan y apalean la tierra en el fondo de los pozos y otros la suben á la superficie del suelo en cubos de cinc por medio de una polea. Cuando se ha reunido una cantidad suficiente de tierra, se pasa ésta por dos cribas, una gruesa y otra fina, hasta que sólo queda un montón de casquijo y de piedras pequeñas que se colocan sobre una mesa. Entonces empieza el trabajo de los blancos: con un pedazo de cinc ó de hoja de lata de unos 30 centímetros de largo por 10 de ancho, se acercan una cantidad de casquijo que esparcen sobre la mesa, bastándoles una simple ojeada para saber si hay ó no diamantes. Algunos propietarios de grandes *claims* han instalado máquinas de vapor para subir la tierra, con lo cual economizan tiempo y personal y pasan mayor cantidad de tierra por la criba; pero los procedimientos de explotación continúan siendo los mismos.

Aquellos campos diamantíferos son verdaderas colmenas en donde se agitan hombres de todos colores. Por todas partes se ven innumerables cables y alambres, cubos que suben y bajan, carros, carretillas que circulan en todas direcciones, ofreciendo un espectáculo sumamente pintoresco.

Los indígenas acuden allí en gran número atraídos por los grandes salarios: ganan, en efecto, 10 ó 12 schelines semanales, y además albergue y comida, siendo mucho más felices que los blancos, pues tienen salario seguro, al paso que éstos consumen á veces todos sus recursos para ganar una fortuna que á menudo se les escapa. Además, los obreros indígenas, alentados por ciertos blancos, roban una parte de los diamantes, que recogen hábilmente con los dedos de los pies, se los esconden en la boca y en caso de apuro se los tragan. En 1885 se estimaba el importe de lo robado de esta manera en más del 25 por 100 del valor total de los diamantes extraídos. Las penas más severas resultan ineficaces, habiendo sido preciso encerrar á los indígenas como si fueran rebaños y prohibirles toda salida durante su contrata. Y á pesar de esto, siempre hay robos, gracias á la complicidad de los blancos, en su mayoría

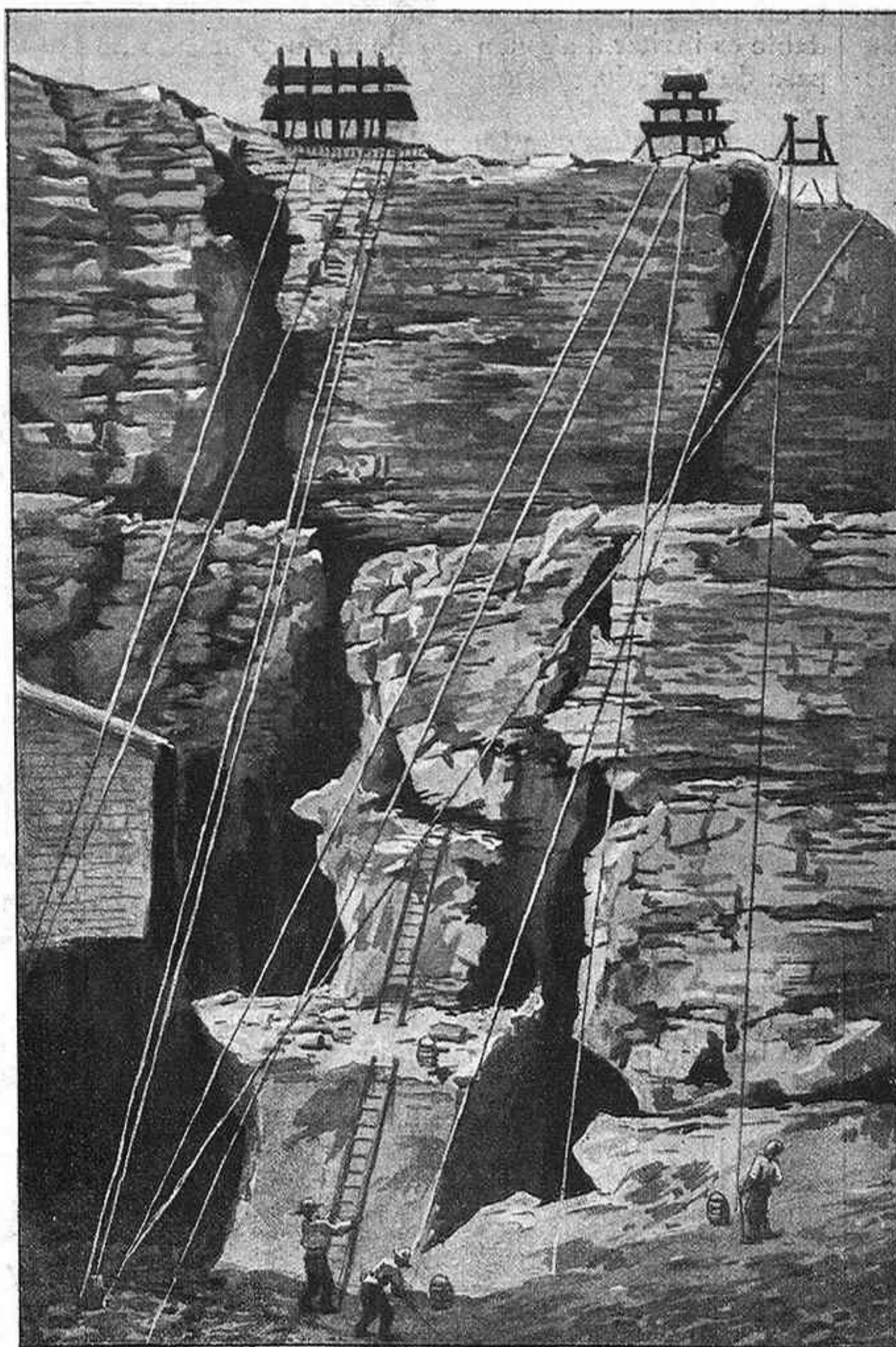
judíos, que compran á los mineros los diamantes robados, habiendo algunos realizado de este modo enormes ganancias, en detrimento de los propietarios de *claims*.

La Gricualandia es el país más desagradable para habitar en él; frecuentes vendabales cubren el suelo



El palacio del teniente gobernador en Kimberley

caron excavaciones que tuvieron el éxito más completo. En octubre de 1873, uno de ellos descubrió un filón de maravillosa riqueza en el centro de una granja perteneciente á un refugiado protestante francés, llamado Du Toit. Éste, aldeano de muy cortos alcances, al ver invadida su finca por los buscadores de diamantes, sintióse poseído por el miedo, y ocultándose en el fondo de la granja, negóse en absoluto



Minas de diamantes en Kimberley

á conferenciar con los que querían comprarle sus tierras. Convencido de que querían asesinarle, escapóse durante la noche, y al día siguiente los compradores empezaron una persecución encarnizada. Por último, al cabo de cinco ó seis días de una caza desenfundada, dieron alcance á Du Toit, quien se

había escondido en un kraal entre cabras y carneros, y le hicieron firmar casi por fuerza un acta de venta de su granja, entregándole á cambio 125.000 francos y regresando á escape para tomar posesión del filón precioso.

de arena y los edificios y las personas de un tinte rojo que cambia hasta el color de los negros. Las viviendas de tela ó de planchas de hierro no pueden resistir á los más furiosos huracanes, y así en 1885 fué completamente arrasado el campo de Bultfontein, no quedando en pie ni una sola tienda. De aquí que sean muy frecuentes en Gricualandia las enfermedades de los ojos y de la garganta y que

las llagas y los simples rasguños se encuentren y sean de difícil curación. La temperatura ocasiona también muchas enfermedades entre los mineros, especialmente en julio y agosto, es decir, á principios de invierno. El calor, excesivo durante el día, desciende bruscamente por la noche, marcando el termómetro cinco y seis grados bajo cero. Mal protegidos contra el frío por sus

frágiles viviendas, los mineros se ven atacados de pleuresía y de bronquitis que degeneran en tisis por falta de cuidados. Por esto aquellas tierras casi no tenían valor alguno antes del descubrimiento de las minas diamantíferas, no siendo aventurado asegurar que aquel país volverá á quedar desierto el día en que aquellos filones se agoten.

F. MURY

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ACRITUD DE LA SANGRE
BOYVEAU-LAFFECTEUR
ROB
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre, Herpes, Acne. El MISMO al Yoduro de Potasio. TRATAMIENTO Complementario del ASMA Soberano en Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis. 102, Rue Richelieu, Paris. Todas Farmacias del Extranjero.

de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los MENSTRUOS

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.—PRECIO: 12 REALES. Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con PEPTONA es el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente. PARIS: 4, Quai du Marché-Neuf y EN TODAS FARMACIAS.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FAB. BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART. EN 1856 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1876 1878 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

L.A.
HARINA MALTEADA VIAL
AUTODIGESTIVA
 es la única que se digiere por sí sola.
 Recomendada para los NIÑOS ANTES Y DESPUÉS DEL DESTETE, así como durante la dentición y el crecimiento, como el alimento más agradable y fortificante. Se prescribe también á los estómagos delicados y á todas las personas que digieren difícilmente. PARIS, 8, Rue Vivienne, Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor éxito.
G GÉLIS & CONTÉ Grageas al Lactato de Hierro de Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el más PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen más fácil el labor del parto y detienen las pérdidas. Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar SOBERANO contra **ASMA** CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias. 30 AÑOS DE BUEN ÉXITO MEDALLAS ORO y PLATA. PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos. JARABE al Bromuro de Potasio DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^u-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas. Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris. Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis, 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

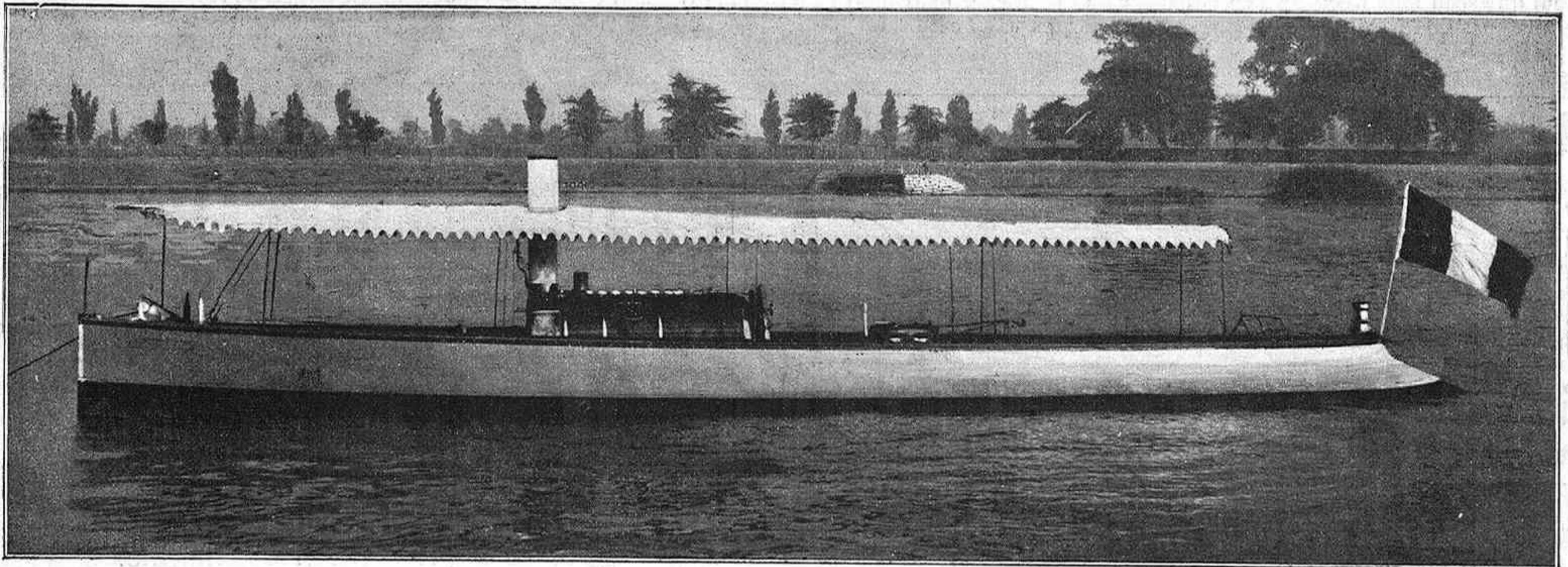
EL VAPOR «FRANCISCO PIZARRO»

El 9 de agosto último hizo su viaje de prueba, en el Támesis, el pequeño vapor *Francisco Pizarro*, mandado construir por el gobierno peruano para destinarlo a la navegación de los

cilindros de 6 pulgadas y media de diámetro y 8 pulgadas de juego, y entre otras comodidades, tiene una instalación de luz eléctrica correspondiente a 600 bujías.

En la prueba alcanzó a andar 16 millas y media a la hora, y está garantizado para hacer constantemente 16 millas. Asistieron a la fiesta el secretario de la legación del Perú

En seguida el Sr. Guillaume explicó la gran importancia del Amazonas peruano, cuyos valiosos productos enumeró detalladamente; hizo grandes elogios del doctor Capelo, por la activa participación que había tenido en los trabajos realizados en esa región, y dijo que el *Francisco Pizarro* podría recorrer en cinco días las 1.095 millas que separan Iquitos de Puerto



EL VAPOR «FRANCISCO PIZARRO», CONSTRUÍDO POR LA CASA INGLESA J. J. THORNYCROFT POR ENCARGO DEL GOBIERNO PERUANO Y DESTINADO Á LA NAVEGACIÓN DE LOS AFLUENTES DEL AMAZONAS (de fotografía remitida por nuestro corresponsal en el Perú D. J. Boix Ferrer)

afluentes del Amazonas, con el objeto principal de establecer comunicación rápida entre Iquitos y el punto navegable del Pichis que más se acerque al valle de Chanchamayo. La construcción fué encomendada á la casa de J. J. Thornycroft, que tiene sus astilleros en Chiswick, lugar situado á inmediaciones de Londres, sobre el Támesis. El *Francisco Pizarro* mide sólo 52 pies 6 pulgadas inglesas de eslora, por 7 pies 9 pulgadas de manga, y su calado no excede de un pie 6 pulgadas, lo que facilita su acceso á los lugares de poco fondo. Es todo de acero galvanizado; su máquina es vertical, con

en Londres Sr. Melendes, el adjunto de esa legación señor Larrañaga, el cónsul del Perú en Southampton Sr. Guillaume, el editor del *South American Journal* Sr. Samson, el señor Murray, experto nombrado por la legación, y varios peruanos residentes en Londres.

El Sr. Melendes manifestó en su discurso, como representante del gobierno peruano, la satisfacción que causaba el acontecimiento que motivaba la fiesta, pues era una prueba del progreso del Perú, y dió las gracias por su obra á la casa constructora.

Bermúdez, en el río Pichis, de donde sólo había hasta la Oroya 165 millas, que se harían en cuatro días; y como de la Oroya á Lima se va en un día por ferrocarril, resultaba que era realizable el viaje total hasta esta ciudad, desde Iquitos, en diez días.

Pronto, pues, surcará los afluentes del Amazonas el nuevo vaporcito *Francisco Pizarro*, que debemos esperar sea el iniciador de un sistema de comunicación regular y rápida entre las ricas regiones orientales y la capital del Perú.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALB. SPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS Y todos los ACCIDENTES de 1ª PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS
 DEL DOCTOR
DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
 lo que sucede con los demas purgantes, este no
 obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
 comida que mas le convienen, segun sus ocupa-
 ciones. Como el cansancio que la purga
 ocasiona queda completamente anulado por
 el efecto de la buena alimentacion
 empleada, uno se decide fácilmente
 á volver á empezar cuantas
 veces sea necesario.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E FOURNIER Farm. 114, Rue de Provence, PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curada por el ciudadano... 50 años de éxito.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
 MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
 prescrito por los Médicos.
 Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de
 carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el
 hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis, Anemia profunda,*
Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, etc.
 102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores
 Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE LECTORAL**, con base
 de goma y de abalotes, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
 contra los RESFRÍOS y todas las INFLAMACIONES del TENDON y de los INTESTINOS.